

ESPACIO — EL MUNDO FUTURO

louis g. milk

EL ESTALLIDO

LOUIS G. MILK

EL ESTALLIDO

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
Barcelona

Dr. Julián Álvarez, 151
Buenos Aires

Depósito Legal: B. 29.7G4 —1969

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor • Eduardo Tubau, 20 — Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO

El hombre estaba sentado ante una mesa, en aquella hedionda taberna, con una jarra de cerveza ante sí. La mesa se hallaba muy cerca de la entrada.

Cerca del borde más alejado de la mesa había un platillo de metal con algunas monedas. De cuando en cuando, alguno de los clientes que entraban en «El Sol Rojo», que tal era el nombre de la taberna, se apiadaba del sujeto y depositaba en el platillo un disco de cinco o diez milésimas de talento.

Apoyado en el borde de la mesa había un bastón blanco. Los ropajes del individuo denotaban su extrema pobreza.

Le vi desde el umbral, cuando buscaba a tientas su jarra de cerveza. Torpemente, se la llevó a los labios y bebió un largo trago.

Sí, aquél era Pedro Harkass, el hombre a quien yo buscaba desde hacía bastante tiempo. Los informes de mis confidentes eran exactos.

La taberna era amplísima, enorme. Reinaban una confusión y un barullo indescriptibles. Los clientes, hombres y mujeres de todas las edades y todas las razas se divertían con ciego frenesí.

Mirado imparcialmente, puede que tuvieran razón.

Acaso no vieran ya el siguiente amanecer.

El planeta estaba al borde de la destrucción total. En cualquier momento podía producirse el estallido final que arrasaría el globo terráqueo.

Pero quizá se podía evitar aquel estallido. Sobre todo, si Pedro Harkass tomaba cartas en el asunto.

Conociendo el ambiente de «El Sol Rojo», yo me había puesto

ropas adecuadas para no desentonar. El olor a alcohol y a carne humana sudorosa hería mi nariz desagradablemente.

Me parecía estar contemplando una escena de siglos pasados. Por desgracia, no había tal; real y verdaderamente, yo y todos aquellos seres humanos nos hallábamos al principio del siglo XXII.

Y con la Humanidad amenazada de extinción.

Si no hacíamos algo y pronto, esa amenaza se haría una desdichada realidad.

Avancé hacia la mesa. Mi caracterización era perfecta. Nadie se fijó en mí.

Puse cinco milésimas en el platillo. Pedro dijo:

—Gracias, señor… —Vaciló un instante al reconocerme y añadió —: Salud y fortuna sobre usted, señor.

—Y sobre ti, Pedro Harkass —contesté, sentándome frente a él —. ¿De veras creen en «El Sol Rojo» que eres ciego?

Pedro Harkass me miró un instante. Sobre sus ojos llevaba una especie de cobertores negros, muy tupidos, semejantes a los que se usan para proteger la visión durante las sesiones de sol artificial.

Para un experto como yo, era fácil adivinar que aquellas gafas opacas lo eran sólo desde un lado: el del observador. Desde el lado del portador, permitían a éste ver fácilmente cuanto acontecía a su alrededor.

Una camarera madura y pechugona se acercó a la mesa.

—¿Qué sirvo? —preguntó, con las manos puestas en sus amplias caderas.

—Cerveza. Una para mí y otra para el amigo.

—Al momento.

La camarera se alejó con gran contoneo. Pedro permanecía inmóvil.

—¿Qué quiere usted de mí, señor…?

Le interrumpí presurosamente.

—Ahora me llamo Star, Pedro —dije.

Harkass emitió una imperceptible sonrisa.

—Ése es el nombre de hoy —observó—. ¿Y el de mañana?

—Depende —contesté fríamente—. Tú ya sabes lo que pasa en el Servicio Secreto.

—Sí, lo sé demasiado. Por eso estoy aquí ahora.

—Te alistaste como astronauta de primera clase en una

astronave mandada por el capitán Ricardo Harkass.

—Era un buen oficial, señor Star.

—Y mandaba una nave magnífica, cargada de riquezas, que fue asaltada por los piratas a tres meses luz de Hypparnea.

—Justamente. Murieron todos, menos yo. Quedé ciego.

—¿Auténticamente, Pedro?

Harkass demoró la respuesta unos segundos, mientras la exuberante camarera ponía las cervezas sobre la mesa. Yo le entregué una moneda de cuarenta milésimas y la opulenta se fue lanzando bendiciones sobre mí y mis antepasados.

—Una ceguera total, auténtica, señor Star. Me quedé sin ojos, en el sentido literal de la palabra, a causa de una descarga de pistola de radioluz —dijo Pedro.

—Pero ahora ves normalmente.

—Sí, normalmente —corroboró.

—¿Dónde te hicieron el trasplante de…?

—Si no le importa, prefiero no hablar del asunto, al menos por ahora, señor Star.

—A tu gusto, Pedro. Lo que no entiendo es qué haces aquí, en este infecto tugurio, al que acudes, si mis informes no están equivocados, desde hace más de dos semanas.

Pedro se llevó la jarra a los labios.

—Sus informes son exactos, señor. —Y bebió.

—Pero ¿qué diablos…?

Después de beber, Pedro dijo:

—Aquí, en «El Sol Rojo», se reúnen algunos de los piratas que asaltaron la nave de mi hermano. Quiero conocer a su capitán, eso es todo.

—Tú no eres árabe, Pedro. Tú no te sientas a la puerta de tu casa para ver pasar el cadáver de tu enemigo.

—No, voy a buscarlo para convertirlo en cadáver —dijo Harkass ceñudamente—. Bien, ¿qué quiere de mí el todopoderoso jefe del Servicio Secreto?

—Simplemente, una cosa, Pedro: que trabajes de nuevo para nosotros.

Después de aquellas palabras hubo una larga pausa entre ambos.

* * *

Pedro habló después de casi un minuto de silencio:
—Usted ya sabe por qué me marché del S.S. —dijo—. Entonces era usted el Segundo Vicedirector.
—He ascendido. Y han pasado diez años desde entonces. Pedro, pelillos a la mar —dije conciliadoramente.
Pedro me miró a través de sus espesas gafas.
—¿Usted cree que se borra tan fácilmente la huella de una asquerosa patada en el trasero? —preguntó.
—Yo no te la di. Era, y sigo siendo tu amigo —manifesté.
Pedro se llenó los pulmones de aire.
—¿Qué pasa ahora, jefazo? —inquirió.
—¿No conoces las noticias sobre devastaciones debidas a súbitas explosiones parciales solares?
—Sí, de sobras. Todo el mundo habla de ellas, señor Star. Y todos están convencidos de que el Sol va a reventar un día de éstos y consumirá el planeta como si fuese un simple helado.
—Exacto, Pedro. Pero nosotros tenemos informes de que no se trata de fenómenos naturales, sino provocados.
Pedro respingó.
—¿Provocados?
—Exactamente —confirmé.
—Pero… ¡eso es absurdo! ¡Las víctimas se cuentan por millones, señor Star!
—¿Crees que no lo sé? —dije amargamente—. Cada explosión solar ha provocado el arrasamiento de extensas superficies de la corteza terrestre, convirtiéndolas en eriales donde no puede vivir siquiera el más pequeño de los microbios. Imagínate lo que les ha pasado a sus habitantes.
Pedro meneó la cabeza.
—No lo entiendo. ¿Cómo han provocado esas catástrofes?
Me encogí de hombros.
—Para eso te busco a ti —contesté.
—¿Yo? Tiene usted mil agentes mejores que yo…
—Pero, muy probablemente, «marcados» por los autores de esas devastaciones. No me sirven, así de sencillo, Pedro.
—Vaya una sorpresa. ¿Y qué puedo hacer yo?
—Descubrir esa organización, averiguar sus móviles y destruirla

por completo —dije escuetamente.

—¿Y si me liquidan ellos antes?

Hice un gesto de resignación.

—Mala suerte para todos —contesté con frialdad.

—Se lo toma usted muy tranquilo, señor Star —comentó Harkass.

—Tengo los pelos de punta —repuse.

Pedro me miró mi cráneo pelado y se echó a reír.

—¿Por qué no se hace un injerto de cuero cabelludo? —preguntó.

—Déjate ahora de bromas —refunfuñé—. Me gusto tal como estoy, eso es todo. ¿Qué me contestas?

—¿Carta blanca, jefe?

—Y gastos ilimitados —añadí.

—Generosos —elogió Pedro burlonamente.

—No es cosa de broma —dije en tono dolido.

—Ya, ya… ¿Qué debo hacer, gran jefe?

—Cuando llegues a tu casa, te encontrarás un sobre blindado, clave de apertura 77-Ri. Dentro encontrarás informes, antecedentes e instrucciones. Y la tarjeta de una cuenta corriente en el Banco Terrestre número 2.893. El saldo de esa cuenta corriente permanecerá siempre invariable, automáticamente, aunque hicieras extracciones de dos millones de talentos.

—Entiendo.

—Ya conoces el S.S. —añadí—. No sé, indican métodos; se exigen resultados.

—Pero yo no pertenezco…

—Perteneces —corté en tono seco—. Eres el agente T-100. ¿Entendido?

Harkass sonrió burlonamente.

—Los tipos directos como usted me han agradado siempre —comentó—. Es enérgico, directo, amable, comprensivo…

—Y capaz de despellejarte si fracasas —terminé, a la vez que me ponía en pie.

CAPÍTULO II

Al salir de «El Sol Rojo» respiré a pleno pulmón. El ambiente era muy distinto en la calle, pese a que la higiene no sólo del pavimento sino de los edificios y sus habitantes dejaba mucho que desear.

Caminé tranquilamente, sin prisas. Estaba seguro de que Pedro ejecutaría puntualmente la misión que le había sido conferida.

Yo sabía que era astuto, sagaz y valiente. El asunto que le había costado su expulsión del S.S. era, en el fondo, una cuestión de rencillas personales.

Además, me había visto obligado a elegirle a él. Sí, parecía que la Tierra iba a dejar de existir. Un día el sol estallaría y…

Pero ciertos indicios, paciente y tenazmente recogidos, nos habían puesto sobre la pista de un plan trazado con una audacia y una falta de escrúpulos totales. A la gente se la estaba engañando con tonterías más o menos científicas.

Salvo a los que morían, quienes nunca conocerían ya el engaño.

No habría tal estallido, aunque sí más devastaciones. Por tanto, era preciso hallar a los autores de las catástrofes.

Y conocer sus motivos, esto era muy importante.

Para eso estaba Pedro Harkass. Si él no lo conseguía…

No es que mis otros agentes no fuesen capaces de lograrlo. Lo que pasaba era que un puñado de ellos habían muerto ya y no quería que mi Departamento continuase perdiendo efectivos casi día a día.

Ésta era la razón por la cual había elegido a Pedro. A él no lo conocían… y si lo conocían, debían de saber también su expulsión del S.S. diez años antes, cosa en la que no creía.

Por ello tenía ahora ciertas esperanzas. Realmente, Pedro era mi última esperanza.

Porque si Pedro fallaba, un día, el autor —o autores— de tales devastaciones, aparecerían diciendo una cosa de éste o parecido estilo:

— Si no nos dais lo que pedimos, continuaremos la destrucción del planeta por zonas.

Y se lo daríamos, claro, pero… ¿qué iban a pedir?

Imposible saberlo. Por el momento.

De pronto oí pasos sospechosos detrás de mí.

Estaba en uno de los barrios peores de la ciudad. Esto de los bajos fondos en las grandes urbes es algo que no cambiará jamás con el paso de los tiempos. Los tipos que me seguían —eran dos, lo deduje por el ruido de sus pasos—, podían ser unos vulgares ladrones.

Pero también podía ocurrir que fuesen unos tipos encargados de suprimir al señor Star.

Lo cual, como se comprenderá, no me hacía gracia en absoluto.

Doblé una esquina. Vi un portal cercano y me guarecí de dos saltos, en su quicio.

Segundos después, aparecieron mis perseguidores.

—¡Rayos! —exclamó uno—. Se ha esfumado.

La calle, en efecto, estaba completamente desierta.

—¿Habrá usado un transportador instantáneo individual? —dijo el otro.

—¡Qué tontería! ¡Esas cosas sólo las usan los peces gordos! —refunfuñó el primero—. Ven por aquí; seguramente se habrá escondido en alguna parte…

Los dos rufianes echaron a correr y pasaron por delante de mí sin verme. Pero, de súbito, uno de ellos captó algo con el rabillo del ojo y volvió la cabeza.

—¡Tú, está aquí! —gritó.

Confieso que deseaba atraparlos, pero ellos no me dejaron otra opción. Les vi dispuestos a empuñar sus firmas y yo me anticipé, sencillamente, volatilizándolos con sendos disparos de mi pistola de radioluz.

Fueron dos relámpagos intensísimos de color blancoazulado que duraron fracciones de segundo. Al volver la calle en la penumbra,

no había ya el menor rastro de mis perseguidores.

¿Ladrones? ¿Agentes de aquella misteriosa organización que estaba quemando el planeta a trozos?

En todo caso, pero sobre todo en el segundo, alguien sabría que el señor Star no había llegado a la jefatura del Servicio Secreto por simple recomendación de un tipo bien situado en las altas esferas del gobierno.

* * *

Y ahora, pasemos al informe de la actuación del agente T-100, hecho por él mismo, pero en un lenguaje muy distinto del frío y burocrático que se emplea en la redacción de documentos oficiales.

Leamos:

El encuentro con el señor Star me alegró por un lado. Por otro, me revolvió las tripas, así de clarito.

Habíamos sido buenos amigos en el pasado, dentro de las distancias impuestas por la diferencia de jerarquías. Realmente, había sido el único que mostró interés por mi caso. De haber estado al frente del Departamento, posiblemente hubiera roto antes la pierna al tipo que luego disfrutó pegándome la gran patada, para no permitirlo.

Pero no pudo hacer otra cosa que esfuerzos por atenuar la decisión del gran jefazo, sin conseguirlo. Y creo que ello le costó una reprimenda muy severa.

Hay tipos que son rencorosos hasta la muerte. El que se ensañó conmigo era uno de éstos.

Resultó que tenía una gran amistad con el gran jefazo y que éste le hizo más caso que a mí. De nada le sirvió esa amistad, salvo para darme la ya mencionada patada, porque poco después, el gran jefazo se retiró y el nuevo no hizo el menor caso de sus dotes de adulación, en que sobresalía mucho más que en las del oficio.

Y en cuanto llegó el señor Star a la jefatura, su carrera se acabó. Ahora vegetaba en una oficina, de categoría, por supuesto, pero sin facultades ejecutivas, meramente consultoras tan sólo.

Pero no hablemos más de ese despreciable sujeto y sigamos adelante. El señor Star me había «enganchado» de nuevo para el servicio y en gracia a sus anteriores atenciones no le quise

defraudar.

Me sentía preocupado, lo confieso. De modo que no iba a haber fin del mundo, sino simplemente se trataba de la obra de unos desalmados.

¿Con qué objeto?

Beneficio, era indudable.

Bien, pero ¿qué clase de beneficio?

Ahí era donde entraba yo. Buscar la organización, conocer sus motivos y destruirla.

No era nadie el señor Star pidiendo.

Pero lo cierto era que habían liquidado a unos cuantos de sus agentes. Star era duro y despiadado en según qué ocasiones. Sin embargo, defendía a sus hombres a capa y espada.

Se le veía con una cara que parecía de piedra. Estoy seguro de que más de una vez, en soledad, habría derramado lágrimas por sus agentes muertos.

. . . .

NOTA MARGINAL DEL SEÑOR STAR: Todo lo que dice Pedro son infundios. Si sigue incensándome de esta manera, tendré que emplear el lápiz rojo sin tasa. ¿Llorar yo? ¡Absurdo!

. . . .

Lo que más me intrigaba era el sobre blindado con apertura de clave 77-Ri. Había informes, órdenes, instrucciones… y el medio de conseguir dinero. Y estaba en mi alojamiento.

Aunque quedase a la vista, se hallaba en plena seguridad. Cualquiera que intentase abrirlo sin emplear la clave, moriría destrozado por una potente explosión que se produciría en el acto.

Una precaución lógica del S.S., como se puede comprender.

Sí, yo, agente del S.S. nuevamente, bajo la cifra T-100. ¿Y mi venganza, qué?

De pronto vi entrar a un individuo cuya cara me pareció conocida.

Y tanto que conocía aquella cara, recordé de pronto, mientras le

veía avanzar hacia el mostrador, densamente poblado.

Era Sahri Yavov, uno de los tripulantes de la nave mandada por mi hermano.

Yavov y yo habíamos sido los únicos supervivientes de la matanza y ello porque Yavov no se encontraba a bordo en el momento del ataque.

Ahora comprendía los motivos de su ausencia. Sencillamente, estaba en connivencia con los piratas.

Bueno, había esperado seis años, podía esperar unos minutos más.

Una pareja entró. La mujer lanzó diez milésimas de talento en mi platillo.

—Salud y fortuna, hermosa —agradecí.

Ella se detuvo y me miró.

—¿Cómo sabes que soy mujer, si no me has visto?

—Señora, un ciego tiene desarrollados otros sentidos, para compensar la falta de la vista. Tú vas delicadamente perfumada y ello me ha hecho saber que la dadora del óbolo era una mujer.

—Sí, pero has añadido hermosa…

—Aquí no vienen las viejas ni las feas —añadí presurosamente.

Ella se echó a reír, halagada por mis palabras, y se alejó colgada del brazo de su acompañante. Sí, ciertamente era una bella pelirroja, de ojos turbadores y talle cimbreante. Un poco desfasada en aquel tugurio, pero peores cosas había visto yo.

Media hora después, vi que Yavov se disponía a abandonar el local.

Me puse en pie y recogí a tientas las monedas del platillo. Luego, con la ayuda del bastón, me dirigí hacia la salida.

Yavov y yo salimos casi al mismo tiempo. En la puerta, el tipo dudó.

Yo seguí andando despacio por la calle. Yavov, de pronto, reanudó la marcha.

Alcancé la próxima esquina y la doblé. Yavov hizo lo mismo un segundo más tarde.

Caminaba presurosamente. Por ello cayó al suelo en el acto, apenas le metí el bastón entre las piernas.

Se dio el gran batacazo contra el pavimento. Juró, sin necesidad de repetir ninguna palabrota en todo el tiempo que le duró el enojo.

Poseía un gran repertorio, convengamos en ello. Se puso en pie y me miró furibundamente.

—¿Acaso no ve…?

Vio mis gafas oscuras y se calló.

—Dispense —dijo. Y me volvió la espalda.

Entonces, yo le apoyé la contera del bastón en los riñones.

—No corras tanto, Sahri Yavov —dije—. La prisa, en según que ocasiones, puede resultar funesta para las personas. Vuélvete, ¿quieres?

Yavov se había quedado parado apenas sintió el bastón en su espalda. Luego, al indicárselo yo, giró lentamente sobre sus talones.

Entonces abrió la boca desmesuradamente.

—U… usted… el herma… hermano del capitán Harkass… —tartamudeó al reconocerme.

Yo me había subido las gafas negras para que se me viera bien la cara. Yavov tenía buena memoria; reconozcámosle esa virtud.

—Sí —confirmé—, yo mismo. Pedro Harkass, el único sobreviviente, contigo, de la matanza de la «Elena S. Lyrr».

CAPÍTULO III

Yavov estaba helado de espanto.

Él había sido el traidor que había colaborado con los piratas. De otro modo, el ataque, no es que no hubiera podido efectuarse igualmente; lo que sucede es que no hubiera tenido éxito.

Y gracias a los buenos oficios de aquel traidor, mi hermano, con diecinueve hombres más, había muerto; y yo había permanecido ciego y sin esperanza tres largos años.

—Sólo voy a pedirte una cosa, Yavov —dije, manteniendo la contera de mi bastón apoyada contra su pecho—. De este modo, olvidaré tu traición. ¿Estamos?

La nuez del miserable subió y bajó repetidas veces-

—¿Qué… qué quiere usted? —preguntó.

—El domicilio del capitán Fruey. Al menos, así se hace llamar, pero su nombre, bien mirado, no tiene Importancia. Quiero saber —exigí—, dónde vive Fruey.

Yavov vaciló.

Retiré el bastón medio palmo, pero, al mismo tiempo, apreté un botón que tenía en la caña.

Sonó un chasquido y una lengua de acero, puntiaguda y afilada, de doce centímetros de longitud, brotó por la contera y pinchó ligeramente el pecho del rufián.

Yavov dio un salto de pánico. El bastón le siguió implacablemente, pero no pudo retroceder más, porque yo había maniobrado de modo que su espalda quedase contra la pared.

—¿Hablas o empujo? —pregunté.

El traidor sudaba a mares.

—Es que yo…

—Fruey anda estos días por la ciudad, con otro nombre y bajo un aspecto que yo desconozco, porque nunca le he visto la cara —manifesté—. He tenido ocasión de conversar o de obtener informes de algunos de sus hombres, pero Fruey es muy astuto y sólo se confía a algunos… como tú, Yavov. ¿Está claro?

Empujé un poco más. La boca de Yavov se torció en una mueca innoble.

—Espere —jadeó—. Se lo diré…

Afloje la presión.

—No trates de engañarme porque sería peor —advertí.

—No le engañaré… Fruey usa ahora el nombre de Weere. Es alto, casi dos metros…

—Cosa que no se puede disimular —dije, sarcástico—. Continúa.

—Usa bigote y… Bueno, parece muy atractivo. Cara tostada, dientes muy blancos…

—Un rostro de deportista, vamos.

Yavov asintió.

—Sí, justamente.

—¿Y el domicilio?

—Nivel Paralelo 117, 80, ático.

Memoricé todos aquellos datos. Era suficiente para encontrar al asesino de mi hermano.

—Puedes marcharte —dije, presionando el otro resorte que escondía la hoja de acero.

Yavov exhaló un audible suspiro de alivio.

—Adiós —dijo.

Y echó a correr.

Pero una docena de pasos más adelante se volvió, empuñando tina pistola lumorradiante que había sacado de debajo de su túnica corta.

Yo ya me esperaba una cosa semejante. Por eso estaba preparado.

La hoja del bastón había vuelto a salir. Apenas le vi detenerse y comenzar el giro, levanté el brazo derecho.

Un instante después, el bastón partía silbando, como un venablo prehistórico. Yavov lanzó un grito ahogado.

El bastón quedó clavado en su pecho, oscilando arriba y abajo

un poco. Las rodillas de Yavov se doblaron lentamente.

Esperé hasta que hubiera cesado sus movimientos. Entonces recobré el bastón.

Reflexioné un momento, mientras caminaba a lo largo de la acera, con mi viejo disfraz de mendigo ciego. ¿Debía ir inmediatamente a casa del capitán Fruey, ahora Weere?

La respuesta era: No.

A Fruey le gustaba la buena vida, y era lógico. No se mete uno a pirata para luego hacer vida de ermitaño. Si se roban y saquean astronaves, hay que disfrutar luego del botín.

Un mendigo como yo tenía su sitio en la zona de barrios bajos de la capital, pero no en la parte céntrica, donde estaban los edificios y residencias de lujo.

Por tanto, era preciso cambiar de aspecto. Y si conseguía entrevistarme con Fruey, ya no tendría necesidad de continuar mendigando.

Además, sentía curiosidad por conocer el contenido del sobre blindado, todo hay que decirlo.

* * *

Llegué a mi vivienda, modestísima, como es de suponer. Subí a mi cubículo, pues de otra forma no se puede llamar y una vez estuve dentro cerré la puerta.

Él sobre estaba allí, sobre una desvencijada mesa de madera carcomida, brillando bajo la luz de la única lámpara que había en la estancia, con su color gris plomo y el sello rojo, en estrella de siete puntas, del S.S.

Lancé el bastón y las gafas a un lado. Ya no tendría necesidad de utilizarlas más.

Me acerqué a la mesa y estudié el sobre unos instantes.

—Clave 77-Ri —murmuré a media voz.

Busque una punía aguda —la de unas tijeras me sirvió—, y me senté frente a la mesa. Luego puse el sobre como si fuese a leer su dirección.

Eché el aliento al ángulo inferior derecho varias veces. Dos cifras y dos letras aparecieron de inmediato, en color rojo suave.

Eran los signos de la clave. Con la punta de una de las ramas de

las tijeras, seguí cuidadosamente, presionando a fondo, el trazado de cada uno de aquellos signos.

Al terminar, esperé treinta segundos. Luego di la vuelta al sobre y levanté el sello rojo.

Brotó una leve columnita de humo apestoso. Esto era lo único que no habían conseguido los técnicos del S.S.: evitar el hedor del explosivo, cuando se deshacía inofensivamente. Pero más valía oler aquella peste que no recibir en la cara una explosión mortal.

A partir de aquel momento, el sobre se manejaba como otro cualquiera. Lo abrí y saqué de su interior un impresionante fajo de papeles, cuya sola vista me hizo sentir vértigo.

Menos mal que el talonario de cheques consolaba un poco. En el S.S. podían ser muchas cosas, pero no tacaños. Cada vez que yo necesitase dos millones —y esto no iba a ocurrir con mucha frecuencia, naturalmente—, alguien repondría en el banco el dinero extraído.

Las cosas hay que hacerlas bien o no hay que hacerlas. Me preparé primero una cafetera llena y mientras hervía el agua, me di una buena ducha y me puse un pijama limpio.

Luego, al terminar mi aseo, llevé papeles y cafetera al dormitorio y me tendí en el camastro; y así, entre sorbo y sorbo de café, cigarrillo y cigarrillo y la lectura de aquellos documentos, bien apasionante por cierto, se me pasó la noche.

Era casi de día cuando di por terminada la sesión de información. Tenía sueño, de modo que apagué la luz y me puse a dormir despreocupadamente.

* * *

Lo primero que hice aquel día, por la tarde, claro, fue comprarme ropas nuevas y alquilar un departamento en un punto céntrico de la ciudad. El mendigo ciego de los barrios bajos había dejado de existir.

Al atardecer tomé un helitaxi, que me dejó en la puerta del número 80 del Nivel Paralelo 117. Aboné la carrera, di una propina principesca y el conductor se alejó.

Levanté la vista. El ático del capitán Fruey se perdía en las nubes. Y no es exageración, porque aquel edificio medía no menos

de seiscientos metros de altura.

Bueno, mi búsqueda de cuatro años había terminado ya, me dije, sintiendo un extraño relajamiento de mi tensión nerviosa. Ahora tenía, como quien dice, al traidor al alcance de mi mano.

Lancé un suspiro. Era una lástima que el señor Star me hubiese confiado aquella misión. De otro modo, habría abandonado la Tierra inmediatamente.

En algún rincón de la galaxia, una hermosa mujer esperaba mi vuelta. Y me esperaría durante cien años, si era preciso, pero yo no iba a tardar tanto en volver a su lado.

Con paso resuelto entré en la casa. Por supuesto, podría haber empleado un transportador instantáneo, pero desconociendo exactamente la disposición del ático de Fruey, valía más emplear el medio clásico: el ascensor.

El conserje puso el primer obstáculo en mi camino al decirme que el ascensor llegaba sólo hasta el piso inferior al ático.

—¿Por qué?

—El inquilino del ático, señor Weere, no quiere recibir visitas molestas…, ¡perdón, señor! La escalera que conduce al ático está condenada.

—Entonces, ¿cómo llega él hasta su piso?

El conserje cerró los labios.

Yo sabía cómo abrírselos y no perdí tiempo en enseñar un billete y aumentar gradualmente la dosis.

De golpe le enseñé un billete de mil talentos. El conserje se agarró al mostrador para no caerse al suelo.

—Sí, ese dinero es para usted —dije, en tono casual—. Pero tiene que decirme cómo puedo llegar al ático del señor Weere.

Lo primero que hizo el conserje fue hacer desaparecer el billete de mil talentos. Entre paréntesis: representaba su sueldo de dos años.

Luego hizo un gesto con la mano.

—Venga conmigo, señor.

El vestíbulo del edificio era grande y vi seis puertas de otros tantos ascensores. El conserje eligió la número cinco y entró en la caja del ascensor.

Naturalmente, en un edificio tan elevado, algunos ascensores no podían detenerse en todas las plantas. El número cinco era un

exprés rápido, lo que significaba que sólo se detenía cada quince pisos.

Había, por tanto, una docena de botones, con la indicación del nivel de cada parada. Los botones se hallaban sobre una placa de metal alargada.

El botón superior indicaba: última planta. El conserje presionó en un punto con la uña y parte de la placa metálica giró a un lado, dejando ver otro botón, hábilmente escondido bajo aquella placa.

—Éste es el mando que lleva al ascensor hasta el ático del señor Weere —manifestó el amable conserje.

CAPÍTULO IV

Salí a un pasillo espacioso, agradablemente decorado, en el que sólo había una puerta. Su aspecto era normal —dentro del lujo de la decoración—, pero me bastó una simple ojeada para darme cuenta de que estaba blindada.

Evidentemente, Fruey era un sujeto que no desdeñaba las precauciones. Sabía su cabeza puesta a precio, sabía que había muchos policías deseosos de ponerle la mano encima y era lógico que fuese tan cauto, como audaz y despiadado era cuando se trataba de piratear en el espacio.

Nunca dejaba sobrevivientes tras sí. Sólo había sucedido en una ocasión y ello porque había cometido un error. De haber sabido que yo estaba vivo, aunque ciego, habría ordenado que me rematasen sin la menor compasión.

Después de examinar la puerta, me pregunté si tendría guardaespaldas protegiéndole. Parecía lógico; al menos, yo, en su lugar, los habría tenido.

Reflexioné unos momentos. ¿Qué debía hacer?

¿Llamar sin más?

Los guardaespaldas, o bien el propio Fruey, sólo abrirían a quien conociesen o cuya visita esperasen. Eso, si no me fulminaban de un disparo a través de la puerta, tras alguna de cuyas molduras de adorno podía esconderse el cañón de una pistola de radioluz.

—Voy a intentar abrir la puerta —me dije.

Metí la mano en el bolsillo y saqué un tubito largo y delgado, no mayor que un lápiz —una herramienta propia del agente T-100— y acerqué su punta a la cerradura.

Apreté un botón. Esperé unos segundos.

Fruey podía ser un pirata hábil y con recursos, pero no poseía los del S.S. Y era un tipo astuto, porque jamás se había metido con los hombres del señor Star.

De lo contrario, haría ya mucho tiempo que su nombre como pirata del espacio habría sido olvidado, como se olvidan los nombres de los hombres enterrados en una tumba sin inscripción.

La cerradura se fundió sin ruido y sin humo. Para ser exactos, se convirtió en polvo impalpable.

Empujé la puerta y crucé el umbral. Lo primero que escuché fue una voz irritada y el débil grito de una mujer aterrorizada.

—¡No sé nada, no sé nada…!

Me puse rígido. Aquella voz…

Creí volverme loco. Era imposible. Yo estaba soñando.

Pero el chasquido de una bofetada y el gemido de la mujer me devolvieron de nuevo a la realidad. No había tal sueño.

Todo sucedía realmente;

Respiré profundamente, tratando de calmar mi momentánea excitación. Ahora, más que nunca, me convenía la normalidad.

Haciendo caso omiso del lujo que me rodeaba, avancé en silencio hacia el lugar de donde procedían los ruidos y las voces. Alguien exclamó, en tono irritado:

—Tienes que decirnos todo lo que sabes…

—Ya les he dicho que no sé nada. Mi viaje es de recreo solamente —contestó la mujer.

—Te mataremos si no hablas, ¿comprendes? ¡Te mataremos!

Ellos y la mujer estaban al otro lado de una amplia puerta corredera, cerrada casi por completo en aquellos instantes. Yo no sabía cuántos eran, de modo que decidí realizar una exploración en tal sentido.

Deliberadamente, arrojé un jarrón al suelo. Luego, de un salto, me situé junto a la puerta.

Sonó una exclamación de asombro. Alguien emitió un gruñido.

—¿Quién diablos ha venido?— preguntó uno.

—No lo sé, jefe. La puerta estaba cerrada…

—Será ese idiota de Yavov. Anda a ver.

Sonaron pasos. La puerta corredera se deslizó a un lado.

Un hombre salió rápidamente a través del hueco. Avanzó dos pasos antes de darse cuenta de que yo estaba a su espalda.

Entonces se volvió, con la sorpresa retratada en el rostro. Hizo un gesto ofensivo, pero fui más rápido que él y le solté una descarga con el lápiz que había empleado para forzar la cerradura.

El hombre se quedó rígido inmediatamente, en pie, con una expresión de inmenso asombro en el rostro. Yo continué en el mismo sitio.

—¡Eh! ¿Qué le pasa a Tracsh? —preguntó uno.

—No lo sé. Ve a ver, imbécil.

Había dos guardaespaldas, me dije. Uno de ellos estaba ya fuera de combate. El otro…

El otro salió y se acercó a su compañero.

—Vamos, despierta, estúpido. —Y le zarandeó por un hombro.

Pero aquel empujón desencadenó la reacción subsiguiente y la estatua que era el sujeto llamado Tracsh se convirtió súbitamente en polvo.

El individuo lanzó un chillido de espanto y pegó un salto de un metro, pero hacia atrás. Entonces quedó a mi altura.

Cuando quiso darse cuenta de mi presencia, yo ya le había golpeado bajo la oreja, dejándolo sin conocimiento instantáneamente. Cayó ante la puerta y salté sobre su cuerpo para irrumpir en la habitación contigua.

Apunté con el lápiz al hombre que había allí.

—Quieto, capitán Fruey —ordené. Y luego, a la mujer—: Hola, María.

Ella lanzó un grito de alegría.

—¡Pedro!

—El mismo, querida —confirmé—. Sigue donde estás por ahora y no te muevas hasta que yo te diga.

—Sí, Pedro.

Y acto seguido me enfrenté con el asesino de mi hermano.

* * *

Fruey respondía en un todo a la descripción que me había sido facilitada por el traidor Yavov. Pero toda su agradable apariencia física y su indudable gallardía quedaban anuladas como virtudes si se pensaba en su implacabilidad y falta de compasión hacia sus víctimas.

Permanecía rígido, inmóvil, a dos pasos del sillón en que estaba sentada María. No obstante, me di cuenta de que tenía todos los músculos en tensión, dispuesto a saltar sobre mí a la menor señal favorable.

Porque Fruey no había llegado a la jefatura de su partida de piratas sólo por inteligencia, sino también por la fuerza. En todo momento era un enemigo temible.

—Un bonito chisme —dijo, aludiendo al lápiz que yo continuaba teniendo en la mano—. ¿Qué es?

—Pulveriza —respondí lacónicamente.

—¿Todo?

—Todo, dentro de ciertos límites de volumen.

—Un arma nueva. Muy interesante —aprobó Fruey—. Y dicho esto, ¿qué quiere de mí? ¿Dinero? Puedo darle…

—Usted no se llama Weere —atajé—. Su nombre, o al menos el que usa de un modo más habitual, es Fruey.

El pirata levantó las cejas.

—Excelente información, señor…

—Harkass, Pedro Harkass —dije mi nombre.

—Me suena. El apellido, claro.

—Es el mismo que usaba el capitán de la «Elena S. Lyrr» —dije.

—No he conocido nunca al capitán Harkass —manifestó Fruey con glacial acento.

—Cierto, no lo conoció, pero asaltó su nave, mató a toda su tripulación, la saqueó y luego la desvalijó de todas las riquezas que transportaba.

Fruey se encogió de hombros.

—No sé nada de lo que me está diciendo, señor Harkass. Yo soy Weere, un honrado comerciante…

—No siga —corté—. Usted es Fruey. Además, acaba de admitirlo.

—Sí, pero también puedo desmentirlo —dijo Fruey cínicamente —. En todo caso, ¿de quién procede la información?

—De un tipo que se llamaba Yavov.

—Ah, se llamaba.

—Sí. Murió anoche.

—El mundo no ha perdido nada con la ausencia de Yavov, señor Harkass.

—Era un traidor —acusé—. Él fue quien le facilitó a usted información sobre la posición y cargamento de la nave de mi hermano y quien, en el último momento, instantes antes del ataque, abandonó la nave. ¿Cómo lo hizo, capitán?

—Transportador instantáneo —admitió Fruey sonriendo.

—Es verdad, no había dado con esa posibilidad. Bien, capitán, ponga las manos a la espalda.

—¿Para qué? —preguntó el pirata, asombrado.

—Está usted reclamado por la justicia. Imagínese el resto.

—Señor Harkass —dijo Fruey tranquilamente—, no hay problema que no se arregle de una forma u otra, excluyendo las truculentas, por supuesto. Nosotros podemos hablar y actuar como personas sensatas, porque usted lo es desde luego. Yo siento infinito la muerte de su hermano, pero…

Fruey se encogió de hombros.

—Admito que soy un pirata —continuó—. Siempre los ha habido y los habrá en el futuro, como habrá médicos y labradores e ingenieros… Pero la venganza no restituirá la vida a su hermano.

—No —concordé.

—Entonces, ¿qué le parece un millón de talentos y aquí no ha pasado nada?

Le miré, asqueado.

María escuchaba la conversación en completo silencio, sin intervenir. Estaba inmóvil en el sillón y sólo los movimientos de su pecho al respirar algo más rápidos que de costumbre, señalaban una indudable tensión interna.

—Pasó mucho —dije lentamente—. Fueron veinte hombres muertos… sólo en la «Elena S. Lyrr». Y muchos más han muerto también desde entonces y otros murieron antes. No, capitán, esto no se arregla con un millón de talentos ni con mil millones. Ponga las manos a la espalda.

Fruey apretó los labios. Su pecho se hinchó poderosamente.

Colocó ambas manos a la espalda. De pronto, vi en sus pupilas un brillo inesperado. Sus músculos se tensaron bajo la tela del traje que vestía.

Empezó a mover su brazo derecho. Era muy rápido, pero le gané.

Después de mi descarga se quedó inmóvil. Una pistola

lumorradiante cayó al suelo.

Guardé el lápiz.

—Ya puedes ponerte en pie, María —dije.

Ella se levantó de un salto. Corrió hacia mí y ambos nos fundimos en un frenético y apretado abrazo.

Rota la tensión, María empezó a llorar. Yo acaricié sus cabellos negros, aquellos cabellos que tanto había evocado a lo largo de cuatro años. Me parecía mentira tener de nuevo a María entre mis brazos y sentir en mi pecho el cálido palpitar de su corazón.

Porque María era la mujer que me esperaba a muchos años luz de distancia, en otro planeta de la Galaxia, y sin embargo, estaba aquí, en la Tierra.

De momento, no me importaba en absoluto. Lo que me interesaba era tenerla a mi lado.

. . . .

NOTA MARGINAL DEL SEÑOR STAR: Los motivos de Pedro son comprensibles.

Después del ataque a la «Elena S. Lyrr», los piratas de Fruey asaltaron la nave. Estaba gravemente herido y aún intentó resistirse, pero una descarga lumorradiante le dejó ciego y sin sentido.

Los piratas le dieron por muerto, saquearon la nave y la abandonaron. Pedro despertó más tarde y se dio cuenta de su ceguera.

Pero también advirtió que los timbres de alarma sonaban insistentemente. Los motores habían entrado en fase crítica, debido a un exceso de presión—tensión no controlada por el maquinista, ya muerto, y estaban a punto de estallar.

A tientas, pues conocía muy bien la nave, buscó una burbuja salvavidas y se lanzó al espacio. Lo hizo a tiempo; cinco minutos después, la «Elena S. Lyrr» se convertiría en polvillo cósmico.

Ciego, no podía gobernar la burbuja. Por tanto, se dejó ir al albur hasta que poco después, cuando ya desesperaba de sobrevivir, tomó tierra en un planeta desconocido y, según supo más tarde, deshabitado.

No creo que hombre alguno se haya encontrado jamás en su situación: ciego, en una tierra extraña, desconocida y sin apenas

utensilios para las más elementales necesidades de la vida cotidiana. Pero Pedro poseía la férrea voluntad de sobrevivir y empezó su lucha contra las hostilidades del medio ambiente.

La lucha duró tres años indescriptibles, al cabo de los cuales y por un azar singular, María Kudnal aterrizó en aquel planeta y rescató a Pedro. Luego se lo llevó consigo e hizo que en el suyo los médicos le injertaran dos globos oculares artificiales, pero tan útiles y tan buenos como los naturales, con lo que Pedro recobró de nuevo la visión.

Entonces, es lógico, al ver a María, se enamoró de ella.

. . . .

CAPÍTULO V

Preparé dos tazas de café y ofrecí una a María. Ella correspondió al gesto con una sonrisa de gratitud.

Estábamos ya en el departamento que yo había alquilado, tras haber cesado en la ficción del mendigo ciego. Mi hermano y sus diecinueve compañeros habían sido vengados.

Contemplé a María. Era la misma de años atrás, tal vez ligeramente demacrada a causa de los malos tratos sufridos, un poco pálida, pero tan bella como siempre, con sus hermosos ojos verdes y su frondosa y brillante cabellera negra que tanto me habían atraído cuando recobré la visión.

El café la entonó notablemente. Me miró y sonrió otra vez.

—Estoy sorprendida, Pedro —declaró.

—En ese caso, imagínate cómo estaré yo. Porque tú más o menos podías sospechar encontrarme un día en la Tierra, que es mi planeta, pero yo no tenía la menor idea de que estuvieras aquí. ¿Por qué has venido?.

—¿Debo decírtelo? —preguntó sosegadamente.

—Si no quieres, no; pero me extraña verte en poder de ese forajido, afortunadamente ya fuera del mundo de los vivos. Sé que posees una gran fortuna…, pero Fruey no era tipo dado a obtener rescate por secuestros.

María hizo un signo negativo.

—Tienes razón, Pedro; no ha sido un secuestro en el estricto sentido de la palabra. Pero dime primero, ¿por qué fuiste allí?

—Ya has oído la conversación que sostuvimos Fruey y yo. Era un pirata del espacio. Uno de sus hombres fue el que me cegó de un

disparo.

—Sí, querías vengar a tu hermano —admitió ella—. ¿Y ahora?

—Tengo un trabajo —dije sin puntualizar.

—¿Arriesgado?

—Según se mire. Pero hablemos de ti. ¿A qué has venido a la Tierra? Escuché algunas frases a Fruey, aunque no he logrado comprender su significado.

María me dirigió una dulce mirada.

—No se lo diría a otro —contestó—, pero tú eres diferente. Único para mí, Pedro.

—Gracias, querida. No sabes cuánto me alegra oírte decir eso.

—Lo siento de veras, Pedro —manifestó María llanamente—. Soy un agente secreto de mi gobierno.

—¡Vaya! —resoplé—. ¿Tú… agente secreto?

—Lo era ya cuando te encontré en aquel planeta desierto. Entonces realizaba una investigación de poca monta. Entrenamiento más bien, ¿comprendes?

—Nunca me habías dicho nada —me quejé.

—Estabas en mi planeta y no pensabas quedarte allí. Siempre tuviste la obsesión de curarte y vengar a tu hermano.

—Es cierto, María.

—Si te hubieras quedado definitivamente, no habría habido inconveniente en contarte la verdad; te habrías convertido en uno de los nuestros, como sabes que hay allí muchos terrestres. Pero puesto que pensabas marcharte, no quise decirte nada.

—Sin embargo, tú sabías que yo volvería algún día.

—Es cierto, pero ¿cuándo? No puntualizaste ninguna fecha, querido.

—Dispénsame, nena; pero si hubiese estado dentro de mí…

—Comprendo —sonrió ella—. No sigas más, te lo ruego. Nos hemos encontrado y eso es lo que importa. Dime, ¿sabes algo de las explosiones parciales de vuestro sol?

Miré a María fijamente.

—¿Por qué me preguntas eso? —exclamé.

—Porque en mi mundo también ocurre algo parecido. Ya hemos padecido tres explosiones parciales y la gente empieza a padecer psicosis de fin del mundo.

—¡Qué raro!

—Según se mire, Pedro, porque aquí sucede lo mismo y con mayor intensidad, ¿no es cierto?

—Sí, se han producido ya siete explosiones o como se les quiera llamar, que han arrasado vastas regiones del globo.

—Pero esas catástrofes no son de origen natural.

—¿Cómo lo sabes? —inquirí.

María me dirigió una sonrisa.

—Hemos llegado a la conclusión de que hay alguien, una organización presumiblemente muy poderosa, que está causando esos disturbios de manera deliberada, aunque de momento no se nos alcanzan sus motivos. Y dada la forma en que se han producido las catástrofes, sospechamos fundadamente no sólo que esa organización tiene su base en la Tierra, sino que es la misma que actúa contra Ankvor V, que es mi planeta.

Hice un gesto de asentimiento.

—Muy probable, en efecto —concordé—. La misma organización…, pero desconocemos sus motivos.

—Y los medios, poderosísimos, a no dudarlo, que emplean para causar las catástrofes.

—Es cierto. Y eso es lo que tú has venido a indagar en la Tierra.

—Justamente, Pedro.

—Qué casualidad —dije, sonriendo—. ¿Sabes que a mí me han encomendado una misión semejante?

—Me dejas pasmada —confesó María—. ¿Tú también, agente secreto?

—Ya lo era antes, pero… bueno es una historia que te contaré en otro momento. Ahora, dime, ¿por qué te secuestró Fruey?

—Pedro, tengo la sospecha de que Fruey, al que yo conocí bajo el nombre de Weere, pertenecía a la organización. Cómo descubrió que soy agente de Ankvor V es algo que ignoro, pero no me raptó para pedirme rescate.

Me pegué una palmada en la frente.

—¡Estúpido de mí!

María me miró alarmada.

—¿Qué te pasa, Pedro?

—Nada —dije con amargura—. Nada. Simplemente, Fruey está muerto ahora y no puede hablar. Si eso lo hubiera sabido antes…

. . . .

NOTA MARGINAL DEL SEÑOR STAR: *Errare humanum est*, que dice el antiguo adagio latino. El errar es humano, pero los humanos encuentran la verdad a través del error… si son perseverantes en la búsqueda de esa verdad, por supuesto.

. . . .

Estábamos cansados, pero decidimos que no debíamos dejar de pasar la oportunidad.

Uno de los hombres de Fruey había quedado todavía con vida. Seguía desmayado cuando María y yo abandonamos el ático del pirata.

Aquel tipo podía decirnos algo. Además, podíamos registrar el ático, ya que era lógico suponer que Fruey no estaba solo en la organización.

—Lo que no me explico es cómo supo que tú eras agente secreto de Ankvor V —dije.

—A mí también me gustaría saberlo —manifestó ella, mientras nos dirigíamos de nuevo al Nivel Paralelo 117.

Media hora después de haber tomado la decisión, llegábamos a las inmediaciones del edificio. Pagué la carrera al taxista y nos apeamos.

Era muy incómodo eso de tener que buscar un helitaxi cada vez que quería desplazarme a grandes distancias. Al día siguiente me compraría un gravimóvil para mi uso propio.

Dimos dos pasos en la acera. Era de noche y la hora muy avanzada.

De pronto, María y yo lanzamos una exclamación de asombro al unísono.

La noche se disipó súbitamente, como si alguien hubiera encendido una gigantesca lámpara en el cielo.

Había algunos transeúntes rezagados por las inmediaciones. Escuchamos gritos de asombro y de temor.

Levanté la vista. Un chorro de luz, enorme, gigantesco, de una potencia lumínica indescriptible, nació en el cielo y se dirigió

rectamente hacia la casa de Fruey.

Parecía un tubo de luz, de un grosor incalculable. Era imposible mirarlo más de un segundo sin quedar ciego instantáneamente.

El chorro luminoso se detuvo unos instantes sobre el ático, incidiendo sobre la parte alta del edificio de un modo oblicuo. Sonaron gritos de terror.

El fenómeno fue de corta duración, pero lo suficiente para convertir al ático y los pisos inmediatamente inferiores en una masa de materia fundida, en cuyo interior perecieron instantáneamente cuantas personas se hallaban en aquellos trágicos momentos.

Luego, la luz se apagó y volvió la noche. Aunque la iluminación de la calle continuaba de forma normal, nos parecieron tinieblas absolutas, por contraste con el pequeño sol que había nacido, brillado y extinguido en menos de diez segundos.

Levanté la vista. La parte alta del edificio estaba todavía al rojo vivo y despedía una intensísima humareda.

—Hemos fracasado —murmuré amargamente.

María me cogió la mano para darme ánimos.

—Es sólo un contratiempo —dijo—. Seguiremos, Pedro.

La fe se notaba en su voz. Sí, era preciso seguir adelante hasta el fin… para evitar el estallido definitivo que pondría término a la vida en dos planetas.

Decepcionados, a pesar de todo, nos alejamos de allí, mientras rugían las sirenas de la policía y de los servicios de socorro. Una cafetería nos salió al paso y juzgué oportuno entrar a tomar algo para reconfortarnos.

—Ha sido una jugada muy hábil —observé, después del primer sorbo de café—. Destruyendo el ático, se destruye asimismo cualquier pista que pudiera señalarnos un camino hacia el cuartel general de esa organización de archicriminales.

—A mí me preocupa cómo supieron que Fruey había muerto —dijo María.

—No lo sé, pero el caso es que hemos perdido cualquier posible pista…

Los ojos de María brillaron de pronto.

—¡Espera un momento, Pedro!

La miré ansiosamente. Ella sonreía.

—Creo que tengo algo interesante… —continuó—. Cuando

estaba en casa de Fruey le oí mencionar a un tal doctor Wencke. «Esto tiene que saberlo el doctor Wencke», dijo, o una cosa muy parecida.

—¿A quién se lo dijo? —pregunté.

—No lo sé. Sólo puedo decirte que se trataba de una mujer. Por la voz, claro, ya que Fruey hablaba a través de un visófono.

—Doctor Wencke —repetí—. Muy bien. Trataremos de averiguar quién es ese tipo y dónde vive.

—¿Cómo, Pedro?

—No te preocupes, nena —sonreí—. Lo sabremos y creo que no tardaremos mucho en ello.

* * *

—¿Ha oído hablar alguna vez del doctor Wencke? Mi jefe meneó la cabeza y contestó:

—No. ¿Quién es, Pedro?

—Si lo supiera, no se lo preguntaría a usted —dije secamente—. Se trata de la única pista que tenemos por ahora.

—Interesante —murmuró el señor Star—. Explícate, Pedro.

Hablé durante unos momentos. Al terminar, Star dijo:

—De modo que ese pirata se había metido ahora a… bueno, estaba en connivencia con ellos.

—Así es, jefe; y por dicha razón, me interesa que haga investigar quién es y dónde vive el doctor Wencke.

—Lo haremos —contestó mi jefe—. Y también había secuestrado a María.

—Sí, señor.

—Me pregunto cómo supo que era un agente secreto de Ankvor V.

Me sobresalté.

—¡Jefe! ¡Que yo no le he dicho que María fuese…!

—Lo sabíamos —me interrumpió Star—. El S.S. de Ankvor V nos pidió permiso para que María actuase en la Tierra. Naturalmente, se lo concedimos, a condición de participar en las informaciones.

—Usted no me dijo nada, viejo zorro.

—Es que no sabía donde estaba. ¿Para qué amargarte la existencia diciendo que se hallaba en la Tierra, si no conocía su

paradero?

—Está bien, está bien, admito sus disculpas…, pero de mala gana. Usted sabe lo importante que María es para mí.

—Claro que sí —sonrió el señor Star—. Pero ahora dedícate a tu misión, que no te resultará demasiado enojosa con María al lado. Y cuidado con las complicaciones.

—¿Qué complicaciones? —pregunté inocentemente.

Star tosió.

—¡Ejem, ejem! Complicaciones de índole demográfica —dijo.

—¡Váyase al diablo! —bufé disgustadamente. Y corté.

¡Qué descaro!, pensé, al recordar las últimas palabras de mi jefe. ¿Qué podía importarle a él lo que pudiera suceder entre mi esposa y yo?

CAPÍTULO VI

NOTA MARGINAL DEL SEÑOR STAR: La conversación con Pedro me había dejado muy preocupado.

Naturalmente, la petición del S.S. de Ankvor V, que se encontraba en la misma situación que nosotros, acerca del permiso de actuación de su agente denominado oficialmente como 5-C-5 había sido efectuada de un modo absolutamente secreto.

Ello significaba que sólo unas cuantas personas teníamos conocimiento de la presencia de María Kudnal en la Tierra.

Y sin embargo, Fruey lo había sabido y la había capturado para obligarla a hablar.

De no haber sido porque Pedro buscaba a Fruey, es muy posible que María hubiera muerto. En esta clase de asuntos, el que fracasa —y María, aunque momentáneamente, había fracasado, pues había sido capturada por el… enemigo—, suele ser puesta fuera de combate para siempre.

Pero ello ya no me preocupaba. Lo que sí me hacía devanarme los sesos era el medio utilizado por Fruey para conocer la presencia en la Tierra del agente ankvoriano 5-C-5.

La respuesta sólo podía ser una: filtración.

Alguien se lo había dicho a Fruey. Luego la organización que amenazaba con destruir a dos mundos había conseguido infiltrarse en la mía.

Ello era peligroso. Podría arruinar nuestros esfuerzos… aunque de momento, nadie sino yo sabía que Pedro trabajaba para el S.S.

¿Quiénes conocían la presencia de María en el planeta?

Mi Subdirector general, mis dos Vicedirectores primeros y el Vicedirector Segundo, Jefe de Personal en Operaciones.

Repasé sus nombres mentalmente uno por uno. Alguno de los cuatro era el traidor.

Lo difícil era dar con él. Era de suponer que habría tomado todas las precauciones habidas y por haber para no delatarse a sí mismo.

De momento, había algo más urgente que hacer… Pulsé un botón y una cara femenina apareció en el acto en la pantalla de mi visófono.

—Janine, informa sobre un tal doctor Wencke —pedí—. No sé quién es ni dónde vive, ni puedo darle más datos, pero lo necesito con urgencia.

—Sí, señor —contestó sin más mi secretaria personal.

Luego me retrepé en el sillón y volví a pensar en el mismo tema.

La filtración. Entre cuatro hombres, había un traidor.

De pronto, reparé en uno de los cuatro nombres que, *in mente*, me repetía a mí mismo sin cesar.

Tuwu Hagli.

El Vicedirector Segundo, Jefe de Personal en Operaciones.

Era un cargo más bien rutinario, pese a la pomposidad de la denominación. Llevaba el alta y baja de los agentes en servicio, visaba las cuentas de gastos, aprobaba o denegaba ciertos nombramientos, pero, en realidad, más bien aprobaba todo. Incluso la burocracia se ha metido de lleno en el S.S. y alguien creó este cargo alguna vez para un amigote y ninguno nos hemos atrevido a suprimirlo y a repartir sus funciones entre otros altos miembros del Servicio.

Pero Hagli tenía una cualidad o virtud o como se quiera llamar: había sido el causante de la expulsión de Pedro del S.S.

Cuando llegué yo a la dirección, lo relegué a aquel puesto. No me convenía como Vicedirector primero de ninguna forma.

No podía permitir que un hombre que se dejaba llevar por el rencor ocupase un puesto de responsabilidad auténtica.

Tomada una decisión, me levanté, abandoné mi oficina y me dirigí a la de mi Primer Vicedirector Tonnell.

El otro estaba ausente, en una comisión sin importancia. Pero yo necesitaba un testigo para lo que iba a hacer.

—Tonnell, acompáñeme —dije.

Tonnell obedeció en el acto. Era un sujeto de gran capacidad de trabajo, tenaz y despierto. Sería un día un buen jefe del S.S.

—¿Sucede algo, patrón? —preguntó, mientras caminábamos a lo largo de un corredor.

—Ahora lo verá —contesté.

Pronto llegamos a una puerta, con el nombre de Tuwu Hagli sobre uno de sus paneles. Llamé y alguien dio permiso desde el interior.

Abrí. Hagli se puso en pie inmediatamente al verme.

—Señor —saludó con gran respeto.

—Quiero hablar con usted, Hagli —manifesté.

—Sí, señor —accedió el individuo untuosamente—. ¿No quieren tomar asiento?

—No es necesario; seremos breves —contesté—. Hagli, por su cargo usted conoce los nombres de todos los agentes en operaciones.

—En efecto, señor; y si quiere que le diga dónde está cada uno en estos momentos…

—No será necesario. ¿Quiero hablarle del agente extraterrestre denominado 5-C-5. Usted conoce su presencia en la Tierra?

—En efecto —admitió Hagli. Buscó unos papeles y tras hojearlos rápidamente, recitó—: El agente 5-C-5 me anunció ayer que seguía la pista a un sujeto sospechoso de… bien, señor Star, usted ya conoce los motivos de su misión. Dijo que se dirigía al número 902 del Nivel Paralelo 44 y que me informaría inmediatamente.

—¿Lo ha hecho?

—Todavía, no, señor.

—¿Conoce usted las causas de su retraso?

—Las desconozco por completo, señor.

—Según mis informes, 5-C—5 había averiguado que en esa dirección que usted ha citado podría encontrar datos de interés para su misión.

—Cierto —admitió Hagli—, así me lo dijo a mí también.

—¿Y no ha hablado con él después?

—No, señor.

—¿No le parece extraño, Hagli?

—A veces, un agente se siente imposibilitado de ponerse en contacto con nosotros…

—Sobre todo, si después de estar en el número 902 del Nivel Paralelo 44 es trasladado al 80 del N.P. 117 —dije enfáticamente.

Hagli se puso pálido.

—El agente 5-C-5 fue a la primera dirección completamente engañado —continué impasible—. Desde allí fue trasladado a la casa de un notorio pirata llamado Fruey, cuya cabeza fue puesta a precio. Nadie sino usted conocía los pasos que daría 5-C-5 y por ello su rapto resultó tan sencillo. ¿Me equivoco, señor Hagli?

El sujeto se vio perdido.

Yo me sentía satisfecho.

Había dado en la diana. Hagli era el traidor.

—Le interrogaremos —dije.

Hagli sabía que podíamos sacar la verdad a una persona, sin tocarla siquiera un pelo. Y sabía también lo que le ocurriría después.

Debía de tener por alguna parte una pistola de radioluz, pero no intentó buscarla. Lo único que hizo fue juntar ambas mandíbulas y luego golpearse secamente con el puño bajo la inferior.

Se oyó un fuerte chasquido. Hagli pegó un salto y cayó fulminado a los pies de su mesa.

—¡Maldición! —juró Tonnell.

Corrió a arrodillarse junto al traidor, pero ya no había nada que hacer.

El veneno había actuado de forma instantánea, al menos, en lo referente a la pérdida de conocimiento. Un minuto o dos más tarde, se le pararía el corazón definitivamente.

—Un bonito medio de eludir las propias responsabilidades —comenté amargamente.

Hagli ya no nos diría nada, por supuesto. Pero, al menos, el traidor había sido borrado del censo.

. . . .

—De modo que Hagli era el «soplón» —exclamé, atónito, cuando el señor Star me comunicó la noticia casi veinticuatro horas más tarde.

—Así es, Pedro. Pero nos dejó con un palmo de narices.

—Lo siento, jefe.

—Son cosas del oficio —dijo el señor Star filosóficamente.

—Sí, a veces pasan —admití con naturalidad—. ¿Cómo se le

ocurrió pensar en él? —pregunté.

Mi jefe me explicó su proceso mental. Ahora lo veía yo de una lógica aplastante.

María había sido inducida a acudir a una dirección determinada, en donde se había efectuado el secuestro. De aquí había sido trasladada a casa de Fruey. El resto era cosa sabida.

Naturalmente, sólo alguien que estuviese muy encumbrado en el S.S. podía saber que María era el agente 5-C-5 de Ankvor V. Resultó que era el mismo que me había pegado la patada: Tuwu Hagli.

¿Por qué lo había hecho? ¿Antipatía personal?

Era algo que debía descartarse. Hagli no tenía por qué conocer los lazos que me unían a María. Simplemente, figuraba en el grupo de los traidores.

Pero ¿qué pretendían ganar con semejantes devastaciones, provocando en las gentes una psicosis de estallido solar?

Dejé de lado semejantes elucubraciones, realizadas en brevísimos instantes. Yo tenía ahora algo más interesante que hacer.

—Bien, jefe ¿qué me dice usted del doctor Wencke? —exclamé.

—Esperaba que me hicieras esa pregunta. El nombre completo es Augustus Magnus Wencke.

—¿Nada más?

—Espera —sonrió el señor Star—. Es doctor en ciencias exactas, en ciencias estelares y uno de los principales expertos en física estelar.

—No está mal. Siga, jefe.

—Omitiré la lista de premios y recompensas recibidas, así como el número de veces que ha sido nombrado doctor *honoris causa* por distintas universidades terrestres y extraplanetarias. Esto cansaría.

—Me lo imagino. Continúe.

—Su último domicilio conocido ha sido una casa —laboratorio privado, situada al final del Eje Norte Sur, séptimo plano. Es la última casa de ese Eje, ¿comprendes?

—Entendido. ¿Nada más?

—Soltero, atendido por un ama de llaves, sin familia próxima conocida, distanciado de unos parientes que son lejanos en todos los sentidos, ya que viven en Australia y son de cuarto grado… No se le conocen devaneos ni aficiones estrambóticas. Eso es todo.

—Una perla, vamos.

—Así parece, T —100.

—Gracias, jefe —contesté—. Bien, iremos a ver por qué Fruey estaba relacionado con el doctor Wencke.

—Suerte, Pedro.

—Gracias, señor Star.

Corté la comunicación y me volví hacia el interior del departamento.

— ¿Te falta mucho, María? —pregunté.

Un minutito de nada solamente, querido —contestó mi esposa.

CAPÍTULO VII

Me acerqué a la puerta de separación entre el salón y el dormitorio y me apoyé en una de las jambas. María estaba allí, sentada frente al tocador, arreglándose la hermosa cabellera que a mí tanto me gustaba.

—Has dicho un minuto —le recordé, cuando ya había pasado cinco, al menos.

María volvió la cabeza y me dirigió una sonrisa cautivadora.

—Querido, las mujeres somos iguales en toda la Galaxia. Necesitamos tiempo para arreglarnos. No me des prisa o echaré a perder mi tocado. ¿No sabes que yo quiero estar bella para el hombre a quien amo?

—María, si tú estás guapa de todas formas, hasta vestida con un saco…

—¡Adulador! Yo creo que fueron tus halagos lo que me conquistaron.

—No mientas. Tú no eres mujer que te dejes seducir por palabras de más o de menos.

—¿Quién sabe? Las mujeres, lo dijo no sé quién, somos un arcano indescifrable…

—No me lo jures —suspiré—. Sobre todo, si empiezo a recordar la forma en que me echaste el lazo… conyugal.

—¿Te disgusta ahora?

—No me ha disgustado nunca, pero… he tardado mucho tiempo en enterarme de que estábamos casados —me lamenté.

—Bueno, es que temí que te ofendieras —se excusó ella—. Además, ibas a marchaste de Ankvor V y… De todas formas,

recuerda que estamos casados solamente según la ley de Ankvor V. Si tú lo deseas, este matrimonio no sería válido en la Tierra.

—Yo acato respetuosamente las leyes de Ankvor V, María, pero es que hay que ver los requisitos que se necesitan allí para convertirse en esposos.

Ella se echó a reír. Yo me acordé de aquella tarde en que, ya curado, con la vista en estado perfectamente normal, me llevó a pasear por un majestuoso parque, en cuyo centro se alzaba un extraño y singular monumento de gran elevación.

Pude darme cuenta de que había una gran puerta, bajo la cual entraban numerosas parejas jóvenes, ambos cogidos de las manos, y salían por la parte opuesta, después de haber ascendido por una resplandeciente escalinata que conducía a una vasta plataforma, brillantemente iluminada por un gran reflector situado en la parte más alta de una hermosa bóveda.

Las parejas no se detenían, sino que seguían su marcha por la escalinata opuesta y volvían a salir al parque. Aquello sobraba y bastaba para convertirlos en marido y mujer.

Y María y yo, con las manos enlazadas, habíamos efectuado el recorrido. Sólo que ella no me había dicho nada hasta mucho después… concretamente ya en la tierra, tras nuestro segundo encuentro.

María se levantó y vino hacia mí, alta, delgada, cimbreante, con los ojos llenos de luz. Rodeó mi cuello con sus brazos y me miró sonriente.

—¿Te arrepientes de ser mi esposo? —preguntó.

—Soy el más feliz de los mortales llamándome tu esposo…, pero ahora tenemos trabajo, 5-C-5 —dije, besándola en una mejilla—. ¿Lista?

* * *

—Así que Wencke es uno de los principales expertos en física estelar —murmuró María, mientras contemplábamos de lejos la residencia del sujeto mencionado.

—Eso dicen mis informes —contesté.

—Parece concordar con lo que ocurre, ¿no?

—En efecto. Las devastaciones ocurridas en distintos puntos de

tu planeta y el mío son achacadas a súbitas alteraciones de sus estrellas respectivas, que envían ingentes cantidades de calor en un período relativamente corto de tiempo y en un espacio no demasiado extenso, planetario, por supuesto. Resulta lógico, por tanto, pensar que Wencke tenga algo que ver con todo este asunto, sobre todo, si sé sospecha que es artificial y provocado.

—Es cierto. No tienes más que recordar la forma en que fue destruida la residencia de Fruey. Pareció como si hubiera nacido un pequeño sol de repente, a poca distancia y concentrando toda su potencia calórica sobre la parte alta del rascacielos.

—No sé —murmuré preocupadamente—. Todo este asunto parece endemoniadamente complicado…

—Pero aquí estamos nosotros para resolverlo. Vamos —me acució María.

Era de noche. Ambos vestíamos de una manera similar: trajes negros, de una sola pieza, ajustados al cuerpo, aunque con sendos cinturones pendientes de los cuales llevábamos armas e instrumentos que podían servirnos en nuestra tarea… y para nuestra defensa.

En aquella zona, la ciudad semejaba una réplica de los famosos Jardines Colgantes de Babilonia, aunque a una escala infinitamente superior. Cada plano ocupaba una extensión a simple vista inacabable y la distancia entre plano y plano no era inferior a los cien metros.

Las personas que vivían en el Séptimo Plano, el de más altura, tenían que ser forzosamente de elevada posición social. Tanto los alquileres como el metro de terreno valían sumas astronómicas. Pero era indudable que a Wencke sus trabajos científicos, amén de algunas patentes, le habían proporcionado dinero más que suficiente para costearse la construcción del fantástico edificio que teníamos ante nuestros ojos.

Parecía un cubo de cristal, sostenido por un delgado pedúnculo de forma cilíndrica. Algunas habitaciones eran visibles, mientras que otras, lógicamente, tenían paredes opacas. El cubo tenía dos pisos, comunicados entre sí por diversas escaleras y, a mi entender, giraba con el sol.

El pedúnculo contenía la escalera de acceso, además de las tuberías de servicio. Vimos luces en algunas habitaciones y hasta

una mujer de media edad que se movía de un lado para otro.

—Debe de ser el ama de llaves —cuchicheó María.

—Seguramente —concordé—. ¿Te parece que actuemos directamente?

—Espera…

Mi esposa me agarró por un brazo. Un hombre acababa de aparecer en nuestro campo visual.

Aquel era el doctor Wencke. Me pareció más viejo de lo que yo creía, y además ajado de cara y figura y con una expresión no sé si de cansancio o de indiferencia hacia cuanto le rodeaba.

El ama de llaves se le acercó y habló con él. Wencke se encogió de hombros.

Luego se sentó en un sillón, cerca de una pared. El ama de llaves cogió un delgado tubo de goma y se lo insertó a Wencke en el brazo izquierdo.

María y yo estábamos pasmados.

Sencillamente, porque el tubo de goma parecía arrancar de la pared. ¿Qué droga le propinaba aquella mujer al científico?

—No podemos esperar ya más —dije, invadido por un siniestro presentimiento—. Vamos a ver qué ocurre.

Esta vez, María no tuvo nada que objetar.

Alcanzamos el pedúnculo sustentador. La puerta externa inferior estaba cerrada. No era obstáculo para mí.

Pulvericé la cerradura. Empujé la puerta y vimos una escalera de caracol que se enroscaba en el interior del tubo que sostenía toda la estructura del edificio.

Empecé a subir la escalera. La puerta superior interna quedó abierta por el mismo procedimiento a los pocos segundos.

Al fondo escuchamos una voz femenina de tonos un tanto destemplados.

—Es hora de que se vaya a la cama, doctor —dijo la mujer.

—No tengo ganas. Déjeme, déjeme…

—¡A la cama, doctor!

María y yo cambiamos una mirada.

El ama de llaves tiranizaba al científico. Pero no era una tiranía cariñosa, la lógica en una persona que lleva muchos años al servicio de otra, sino más bien la tiranía de un guardián, de un perro de presa sujeto a determinada misión.

—No tengo sueño —protestó Wencke.

—No tengo sueño… —se mofó el ama de llaves—. Antes no tenía hambre y he tenido que darle alimentación por vía intravenosa… Ahora le daré un sedante y dormirá. Tiene que dormir; su deber es tener mañana buen aspecto, ya que vendrán a ofrecerle un importante premio…

—¿Qué me importan los premios? Yo lo que quiero es salir de aquí, volver a mi casa…

—¡Usted hará lo que le mande o emplearé el látigo! —rugió aquella fiera con faldas.

María y yo estábamos atónitos, yo más, sobre todo. ¿Cómo era que mi jefe no me había dicho nada acerca de lo que le sucedía a Wencke?

El científico se echó a llorar.

—No, el látigo no —gimoteó como un chiquillo—. Me iré a la cama, haré lo que usted me ordene, señora Enth…

—Y tendrá en cuenta una cosa: usted es Wencke, ¿estamos? No queremos más deslices como el de aquel día. ¡Usted es Wencke! ¡USTED ES WENCKE!

—Sí, soy Wencke…, yo soy Wencke…

Nuestra estupefacción había subido al máximo. Ni mi esposa ni yo entendíamos lo que sucedía.

María me pegó un pellizco para empujarme hacia adentro. Di un salto y sorprendimos a la pareja justo cuando se disponían a usar una de las escaleras que conducían al piso superior.

La señora Enth se revolvió al oír nuestros pasos y nos dirigió una mirada furibunda.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué hacen aquí? —exclamó—. Ladrones, voy a llamar a la policía…

—Será mejor que se deje de amenazas, señora —corté secamente. Yo ya había tomado mi decisión, la expresé en el acto—. Le guste o no, vamos a llevarnos al doctor Wencke.

La señora Enth nos estudió un instante, vio nuestros ropajes, nuestras armas y comprendió que éramos todo menos amigos de ella.

Su reacción fue fulminante. Metió la mano en uno de los bolsillos de su bata y sacó una pistola lumorradiante.

Lo siento. Cuando alguien me amenaza con una de esas armas,

hombre o mujer, está perdido. Una vez me dispararon una descarga y mi suerte fue que no me alcanzó de lleno, pero no estoy dispuesto a que me disparen otra.

La señora Enth no tuvo ninguna oportunidad conmigo. Un instante después, quedaba convertida en una estatua.

El doctor Wencke nos miró estúpidamente.

—No me hagan daño —suplicó—. Seré bueno, haré todo lo que ustedes me digan…

María y yo estábamos atónitos. ¿Cómo eran posibles semejantes reacciones en un científico de su reputación?

—No tratamos de hacerle daño —contesté—. Pero, de verdad, díganos, ¿es usted el doctor Wencke?

El hombre que estaba frente a nosotros meneó la cabeza.

—No, yo me llamo Denis Lawr… Pero esa horrible mujer insistía en que tenía que llamarme Wencke… Wencke… ¡La odio, la odio!

Wencke o Lawr, como quiera que se llamase, pareció repentinamente acometido por un acceso de ira insana y se arrojó sobre la estatua para golpearla, pero no hizo más que tocarla y la señora Wencke se convirtió en una nube de polvo que pronto se posó en el suelo.

Wencke contempló el fenómeno con ojos de espanto. Luego, de repente, rompió a reír. Era la suya una risa estridente, demencial.

—¡Se ha vuelto loco! —dijo María, aterrada.

—¡Ha desaparecido, ha desaparecido! —gritaba aquel desdichado, sumida su mente en las tinieblas de la insania.

Y luego empezó a dar saltos por todas partes, mientras nosotros hacíamos esfuerzos sobrehumanos por calmarlo.

Al fin, agotado, Wencke se derrumbó sobre un sillón y nos miró con ojos vacuos.

—¿Se ha ido esa arpía? —preguntó, olvidado de todo lo sucedido hasta entonces.

—Sí, doctor —contesté.

El anciano meneó la cabeza.

—No me llamen así —insistió—. Yo soy Denis Lawr. Lo que sucede es…

De pronto calló. Bizqueó un poco y dobló la cabeza sobre el pecho, quedándose inmóvil.

—¡Ha muerto! —gritó María.

Le tomé el pulso.

—No. Vive todavía, pero me parece que no se encuentra muy bien —dije—. María, atiéndelo en lo que puedas, mientras yo llamo a mi jefe para que nos envíe una ambulancia. Tenemos que llevarnos de aquí a este desdichado… y cuanto antes mejor, no sea que se nos muera por el camino.

* * *

NOTA MARGINAL DEL SEÑOR STAR: La decisión de Pedro fue acertada. Merced a ella nos enteramos de algunas cosas muy interesantes, casi increíbles todas ellas.

CAPÍTULO VIII

El señor Star tomó una fotografía y nos la enseñó a través de la pantalla.

—El señor Lawr —dijo.

María y yo vimos la imagen de un hombre de unos treinta y cinco años, alto, bien parecido, con aspecto de deportista, sano física y mentalmente sin ninguna tara aparente.

—Un gallardo espécimen del género masculino —apreció María.

—En efecto. Poseía un negocio propio, tenía cierto éxito y no le faltaba de nada —informó Star—. Hace algún tiempo, liquidó el negocio y anunció se iba a dedicar a realizar la ilusión de su vida: viajar y escribir un libro con el relato de sus viajes y aventuras.

—¿Lo ha escrito? —pregunté.

—No se sabe nada más de él. Es decir, no se ha sabido hasta que ustedes lo enviaron a nuestro hospital.

El S.S. poseía hospital propio, y secreto, como es de suponer.

—¿Qué dicen los médicos?

—El cuerpo es de Wencke, aunque muy aviejado y gastado. Pero el cerebro pertenece a Denis Lawr.

Yo silbé. María preguntó:

—¿Trasplante?

—Sí —corroboró el señor Star.

—¿Por qué? —pregunté.

—El cuerpo de Wencke sufre envejecimiento rápido, debido a una degradación desconocida de sus células. Hay personas, rarísimas, que padecen esta enfermedad y que mueren de viejas mucho antes de la edad media correspondiente. Wencke está a

punto de morir. Por supuesto, la enfermedad fue diagnosticada como anterior al trasplante de cerebros.

—Es decir, que Wencke va a morir pronto.

—Sí. Un mes, una semana…, ¿quién sabe?

—Yo me pregunto dos cosas, jefe.

—¿Sí, Pedro?

—Primero, por qué eligieron a Lawr. O lo eligió el propio Wencke, tanto da.

—Hay una respuesta. Lawr era un prototipo de hombre fuerte, joven, radiante de salud, apuesto, pero con un cerebro corriente. Wencke debía de conocer ya su dolencia de senilidad aguda.

—Y la otra pregunta —se me anticipó María— es: ¿Por qué dejaron con vida el cuerpo de Wencke, con el cerebro de Lawr? ¿No habría sido mejor hacerlo desaparecer definitivamente? Lawr tenía que desempeñar el papel de Wencke y no debía de hacerle muy bien.

—Esas dos preguntas no tienen una respuesta todavía —manifestó Star—. Algún motivo debieron de tener para actuar así, pero lo cierto es que Wencke se había retirado ya y sólo atendía visitas inofensivas: le entregaban premios, dedicaba alguno de sus libros… Todo lo cual podía hacerlo Lawr perfectamente.

—Muy bien, ahora el doctor Wencke está en sus manos —volví a hablar yo—. Jefe, dígame, ¿qué hacemos ahora?

Habían transcurrido ya casi veinticuatro horas desde el hallazgo de Wencke-Lawr. Mientras habíamos estado esperando el resultado de los exámenes médicos hechos al individuo.

—Ustedes tienen algo que hacer, en efecto —contestó Star—. Tome nota, Pedro.

—Sí, señor —dije, agarrando papel y lápiz.

Star recitó:

—40° S.E.873/I —128° N.O.200/F.

—¿Qué significa eso? —pregunté.

—Son dos coordenadas espaciales —contestó Star—. Las encontraron los agentes de rastreo en casa de Wencke. A ustedes les toca averiguar qué es lo que hay en ese punto del cielo.

—Entendido, señor.

Corté la comunicación y releí las cifras anotadas.

—Nos vamos a divertir —mascullé.

—¿Por qué, Pedro? —preguntó María.

—O mucho me engaño o este punto está situado a muy poca distancia de Mercurio —dije.

—Muy cerca del Sol, por tanto.

—Sí, justamente.

María sonrió.

Se acercó a un espejo, elevó los brazos y se ahuecó el pelo.

—Pues mira, Pedro, si quieres que te diga la verdad, no me importa tanto ir tan cerca del Sol —exclamó.

—Nos vamos a tostar —refunfuñé.

—Eso es lo que yo deseo —dijo ella, riendo—. ¿No te das cuenta de lo pálida que estoy?

Levanté los brazos al cielo.

—Mujeres —dije, simulando desesperación—. Terrestres o de Ankvor V, todas iguales.

Luego empecé a darme pellizcos en el labio inferior. María me vio a través del espejo y dijo:

—¿Qué te preocupa, Pedro?

—El viaje a Mercurio, preciosa. Voy a salir para dar los pasos necesarios a fin de alquilar una astronave. Tú me esperarás en casa.

—Mientras tanto, me dedicaré a prepararte un pollo al estilo de mi planeta. —María me guiñó un ojo—. Creo recordar que era uno de tus platos favoritos.

—Tienes buena memoria —contesté, enviándole un beso con la punta de los dedos.

* * *

Las diligencias me llevaron buena parte del día.

El papeleo es algo que no se ha suprimido ni se suprimirá jamás con el paso de los siglos. Yo creo que cada vez se necesitan más documentos para hacer las cosas. La burocracia sigue siendo una plaga ahora igual que hace doscientos años… e igual que será dentro de otros doscientos.

Pero al fin encontré la solución para todo y conseguí que me tuvieran la astronave lista para zarpar al día siguiente. Los fondos ilimitados que el señor Star había puesto a mi disposición engrasaron no pocas piezas de la maquinaria que al fin funcionó

perfectamente.

Atardecía ya cuando regresé a casa, pensando en la suculenta cena que me estaba aguardando. Saqué la llave en la cerradura y ya me disponía a abrir cuando me pareció oír voces en el interior del departamento.

Fruncí el ceño. Por supuesto, no soy celoso, pero, ¿con quién estaba hablando María?

Parecía muy alegre y divertida. Oí una ruidosa carcajada y ello me puso en guardia.

María es serena y reposada y no suele reír abiertamente ante los extraños. Que yo supiera, había en la Tierra pocas personas de confianza para ella, yo la primera.

Daba la sensación de hallarse entre amigos. Pero si los hubiese tenido en el planeta, yo lo habría sabido inmediatamente.

Podía tratarse del señor Star, hombre ameno y chistoso cuando la ocasión lo requiere, pero también podía suceder todo lo contrario.

Por tanto, nada costaba mantenerse en guardia. Abrí muy despacio, sin hacer él menor ruido y luego saqué una pistola especial.

Esta vez, si tenía que defenderme, capturaría un prisionero por lo menos. Ya era hora de que pudiéramos interrogar a alguien del bando contrario.

Sí, María estaba riendo desaforadamente.

—Es usted divertidísimo, amigo mío. ¿Yo, una espía? ¿Por quién me ha tomado? —Gran carcajada y palmadas en los muslos—. Sólo soy una turista extraterrestre, ávida de sensaciones en este planeta tan maravilloso… Oigan, ¿de verdad son ustedes bandidos?

—Déjese de estupideces, señora —rezongó un individuo, todavía invisible para mí en aquel instante—. Nosotros no somos…

—Qué importa lo que ella pueda creer —cortó otro tipo—. Si piensa que somos bandidos, bueno, pues somos bandidos.

—Pero ¡qué estúpido eres! ¿Cómo vamos a admitir que somos bandidos si no somos bandidos?

—Entonces, ¿son espías? —preguntó María, simulando avidez.

—Señora, somos… ¡narices! —contestó uno de los intrusos descortésmente—. Pero ¿es que no va a llegar nunca su esposo?

—¿Mi esposo? Ya les he dicho que soy soltera y… ¿Una copita?

—Un cuerpo. Janos, esta mujer me pone frenético. Vigílala tú; yo voy al baño un momento. Necesito tranquilizarme o me volveré loco.

—O.K., Wiess —contestó el otro tipo—. Déjala de mi cuenta.

Sonaron pasos. Uno de los intrusos apareció de repente ante mis ojos.

Wiess me vio y trató de sacar inmediatamente un arma. Yo fui más rápido y apreté el gatillo de mi pistola.

Una bola de cinco centímetros de diámetro pegó en las narices de Wiess y explotó sin ruido. Instantáneamente, se convirtió en una masa de espuma que crecía con gran vertiginosidad y que en pocos segundos envolvió al sujeto de pies a cabeza.

Wiess empezó a rugir, a la vez que forcejeaba para librarse de aquella masa pegajosa que le cubría por completo. Los rugidos, no obstante, sonaban amortiguados debido a la espuma.

El otro acudió al ruido y se encontró con un proyectil análogo al primero. Como Wiess, empezó a saltar y brincar frenéticamente, de un lado para otro. Realmente, era un espectáculo muy divertido.

María apareció en el umbral, vio los esfuerzos que los dos individuos hacían para librarse de la espuma pegajosa que embarazaba sus movimientos y soltó el trapo de la risa, esta vez genuina, sin ficción de ninguna clase.

—¿Qué les has dado, Pedro? —preguntó, cuando al fin pudo contener su hilaridad.

—Proyectiles de espuma instantánea. Es pegajosa e insoluble en otro líquido que no sea uno especial, que no tengo yo a mano, por supuesto. ¿Te han hecho daño estos bigardos, nena?

—No, sólo me dieron un buen susto al principio. ¿Me oíste gritar y reír?

Le di una afectuosa palmadita en la mejilla.

—Lo hiciste muy bien, querida —elogié.

—No sabía cómo avisarte, hasta que se me ocurrió esa idea. Tú sabes que no soy de costumbres tan escandalosas.

—Cierto, y ello me puso en guardia. Bueno, ¿qué dijeron?

—Nada. Llamaron a la puerta, me apuntaron con sus armas y me hicieron entrar. Preguntaron por ti, les dije que no estabas y contestaron que esperarían, ya que no tenían prisa.

¿Hablaron de matarme?

—No dijeron nada más. No sé si querían matarte… o sólo secuestrarte, pero, ¿cómo supieron que estás aquí?

Suspiré.

—Los amigos de Wencke-Lawr deben de tener ojos por todas partes y la alarma ya fue dada por medio de Hagli —contesté—. Otros agentes murieron antes que yo y probablemente querrían que siguiera la misma suerte.

María dejó de sonreír.

—No lo podría soportar —dijo.

—Desecha tus preocupaciones —sonreí.

Luego miré a los dos individuos. Fatigados de sus esfuerzos inútiles, habían dejado de moverse.

Podían oír y respirar, pero no ver y sólo dar algunos pasos sin rumbo fijo. Era como si estuviesen envueltos en una masa de chicle espumoso, pero completamente irrompible por medios ordinarios.

Tal como estaban, era imposible soñar en interrogarlos. Se resistirían, cosa lógica, y yo carecía de medios, tiempo y ganas de hacerlo.

Traspasaría el asunto a mi jefe. Mientras tanto, María y yo pondríamos proa a Mercurio.

Me dirigí al visófono y marqué un número.

La figura del señor Star apareció a poco en la pantalla.

—Hola, sabueso —gruñó—. ¿Qué hay de nuevo?

—Dos peces en la red —contesté.

Los ojos de mi jefe se animaron.

—Interesante. ¿Cómo?

—Espuma pegajosa —contesté.

—¡Bravo! ¿Has hablado con ellos?

—No, ¿para qué? A mí no querrían decirme nada.

—Desde luego. Ahora mismo enviaré a buscarlos.

—Gracias, jefe. Infórmeme en ruta.

—Por supuesto.

—Y dese prisa o se me enfriará la cena.

—¿Cuál es el menú, Pedro?

—Pollo al estilo de Ankvor V. ¡Es fantástico!

—¿Lo ha guisado María?

—Claro. ¿Quién otra, si no?

El señor Star me guiñó un ojo.

—Pon un cubierto más para mí —indicó—. Así me sentiré luego en mejor forma para el interrogatorio.

—O.K., jefe.

CAPÍTULO IX

María y yo nos dirigimos al día siguiente al astropuerto, en donde ya nos esperaba la nave —convenientemente vigilada por miembros del S.S., para evitar desastres inoportunos—, la cual, en apariencia estaba destinada a un viaje de recreo.

Todavía ignorábamos el resultado de los interrogatorios realizados a Janos y a Wiess. Mi experiencia me decía, sin embargo, que no se conseguiría gran cosa.

Para mí eran, sencillamente, dos pistoleros alquilados. Todo lo más, miembros secundarios de la banda, destinados a misiones poco complicadas, claro, —los cuales recibirían las órdenes por teléfono o cualquier otro medio que no pudiese delatar al que se las daba. Recibirían su soldada por correo y… ¿cómo averiguar así quién era su jefe?

Me identifiqué y nos permitieron el ascenso a la nave, equipada especialmente para el viaje a Mercurio. María y yo tomamos asiento frente al cuadro de mandos.

Comprobé instrumentos. Todo estaba en orden y la torre de control, al fin, me dio permiso para el despegue.

Dado que la nave creaba campo de gravedad propio, no se necesitaban cinturones de seguridad. Los sillones eran amplios y confortables. Empujé una pequeña palanca y el aparato se despegó suavemente.

De súbito, María lanzó un agudo grito.

—¡Pedro, arriba, mira!

Levanté la vista. Parecía como si el sol hubiese doblado súbitamente su potencia luminosa.

Presentí un grave peligro. Avancé más la palanca y el aparato

aumentó la velocidad ascensional.

—¡Más aprisa, Pedro, más aprisa! —gritó María.

Esta vez no dudé en absoluto. Al mismo tiempo que daba al aparato la máxima velocidad en cota subatmosférica, lo desvié a un lado, oblicuamente, para seguir ganando altura.

En escasos segundos alcanzamos decenas de kilómetros de altura. Súbitamente, todo el cielo de nuestra derecha pareció inflamarse.

Un gigantesco globo incandescente pasó a enorme velocidad por nuestro lado. El calor que desprendía era tal, que incluso elevó la temperatura interna de nuestra nave en dos docenas de grados.

Durante unos momentos, percibimos una sensación angustiosa de calor inaguantable. Yo llegué a creer que íbamos a morir abrasados.

Aquella enorme masa ardiente, al rojo blanco, que despedía estelas de enormes chispas ondeantes, pasó fulgurantemente por nuestro lado hacia abajo, haciendo arder literalmente la atmósfera en su deslumbrante trayectoria.

¿Cuánto medía?

Imposible saberlo, dada la falta de puntos de referencia. Lo que sí sé decir es que estuvo a punto de envolvernos en sus ardientes ondas y que luego se dirigió hacia el suelo a una velocidad prácticamente imposible de seguir con la vista.

Hice evolucionar el aparato y lo situé de modo que pudiéramos ver lo que sucedía en la superficie. Me imaginé a la gente corriendo enloquecidamente en busca de la salvación…, pero no hubo salvación para ninguno.

Aquella bola, de diámetro inconmensurable, se estrelló contra el suelo en el centro del astropuerto, estallando en mil devoradores surtidores que en pocos segundos abrasaron cuanto había y vivía en un círculo de, al menos, veinte kilómetros de diámetro.

Una enorme humareda negra subió a lo alto. Todos los que estaban en el astropuerto en aquellos instantes y miles y miles de personas más que vivían en sus inmediaciones, perecieron instantáneamente.

María y yo nos sentíamos abrumados por la magnitud del desastre, incomparablemente menor, sin embargo, que otros que habían devastado regiones de cientos de miles de kilómetros

cuadrados de extensión.

Pero ahora lo habíamos visto con nuestros propios ojos y nos sentíamos incapaces de pronunciar una sola palabra.

Mejor dicho. Una sola, repetida numerosas veces:

— Horrible, horrible… —gimió mi esposa.

El suelo había calcinado en un área extensísima. Decenas, tal vez cientos de miles de seres inocentes habían muerto… ¿por error?

No, nada de error.

Los autores de aquella horrenda devastación ya debían de haber contado con aquellas muertes. Pero quienes habían causado la de millones, cientos de millones de personas en otros lugares, pocos escrúpulos debían de sentir por lo que seguramente consideraban un hecho «insignificante».

Decidí eludir la posibilidad de nuevos ataques. Lanzada la nave a su máxima velocidad, alcanzó una inmediata a la de la luz en pocos minutos.

Entonces puse en acción los motores de hiperfuerza y nos sumergimos en el mundo tranquilo y confortador del subespacio.

* * *

—Iban a por nosotros —dijo María, cuando el peligro se hubo alejado.

—¿Puedes dudarlo acaso? —contesté amargamente.

—Todavía no creo en mi buena suerte —se estremeció ella—. Pedro, siento que necesito algún tranquilizante.

—Aunque lo creas una paradoja, un poco de café te sentará bien. Y a mí también.

—De acuerdo. Voy a prepararlo.

Mientras ella trasteaba en la cocinilla de la nave, yo terminé de examinar los instrumentos. Fijé el rumbo, conecté el piloto y los radares automáticos subespaciales y me levanté.

María trajo el café instantes después. Un par de tazas, en efecto, nos dejaron como nuevos.

—¿Te encuentras mejor? —pregunté al terminar.

Ella hizo un gesto afirmativo.

—Sí, considerablemente más aliviada. Pero he pasado unos momentos…

—Lo comprendo. No ha sido agradable, desde luego. Por fortuna, hemos logrado escabullimos a tiempo.

María se quedó pensativa un momento.

Luego dijo:

—Pedro ¿qué clase de arma usan?

—A mí también me gustaría saberlo —murmuré.

—¿Te pareció muy grande el bólido que estuvo a punto de matarnos?

—Pequeño no era, desde luego —contesté—. Su masa cubría casi por completo la del astropuerto y las consecuencias del estallido alcanzaron un radio que calculo entre los quince y veinte kilómetros.

—A mí me pareció compuesto por masa, cualquier masa, desde luego, en fusión —opinó María.

—Sí, ésa es la sensación que obtuve yo —concordé—. Una masa globular de materia sólida en fusión, lanzada a una velocidad exorbitante, de varias decenas de miles de kilómetros por segundo.

—Pedro, eso significaría no sólo una tecnología avanzadísima, sino unas instalaciones fabulosas.

—En efecto, así tiene que ser.

—Sí, pero ¿dónde están?

Callé un momento. María añadió:

—El bólido incandescente apareció de repente. Daba la sensación, de que el sol se nos lanzaba encima, ¿te diste cuenta?

Moví la cabeza afirmativamente y ella siguió:

—Surgió de repente, sin previo aviso…, bueno, esto es lógico —dijo, sonrojándose ligeramente—. Quiero decir que apareció como nacido por generación espontánea. No es el clásico puntito luminoso que ves a lo lejos y que va aumentando gradualmente de tamaño, no; cuando lo vimos «estaba ya allí».

—Comprendo —dije—. Todo eso que dices es cierto, pero, por el momento, cualquier cosa que digamos no pasan de ser sino mera conjetura.

María suspiró.

—Desgraciadamente, tienes razón —concordó—. ¿Tardaremos mucho en llegar a Mercurio, querido?

—A la velocidad que llevamos, muy poco —contesté—. Pero en prevención de que tengamos que poner el pie en su suelo, voy a

enseñarte el manejo de los trajes refrigerantes.

—¿Cuál es la temperatura de la superficie de Mercurio?

—Si tienes en cuenta que recibe del sol casi siete veces más luz y calor que la Tierra, y, puesto que conoces la temperatura media de nuestro planeta, imagínate fácilmente cuál es la que reinará en la superficie de Mercurio.

María asintió.

—Sí, es fácil imaginárselo —concordó—. ¿Dónde están los trajes refrigerantes, querido?

* * *

NOTA MARGINAL DEL SEÑOR STAR: Los dos tipos capturados por mi agente T-100 respondían a los nombres —auténticos— de Axel Strössom y Dino Cabano. Su misión era, desde luego, asesinar a Pedro.

¿Quién les había dado la orden?

Sencillamente, un tipo llamado Eric Frutter, cuyo domicilio no pudieron facilitarme, pero sí un número visofónico.

Esto fue suficiente para localizar a Frutter. Envié a dos buenos agentes a arrestarlo, pero el tipo se había volatilizado.

Creo que debía de haber concertado una hora determinada para recibir la comunicación de la muerte de Pedro. Cuando pasó la hora, entró en sospechas y levantó el vuelo.

Yo estaba seguro de que Strössom y Cabano se llamaban así, y no Janos y Wiess, pero no podía decir lo mismo de Frutter.

En efecto. Nuestros narcóticos habían hurgado a fondo en el subconsciente de los dos pajarracos y sabíamos que habían dicho la verdad de cuanto ye conocían. Pero ellos no podían saber si Frutter había hablado verídicamente en lo que se refería a sí mismo.

El registro subsiguiente llevado a cabo en la casa de Frutter no dio resultado alguno. No nos proporcionó la menor pista.

Yo no hacía más que preguntarme una cosa: ¿dónde tenían aquellos tipos su cuartel general? Y, en tal caso, los cómplices que, por decirlo así, se movían a ras de tierra, ¿cómo se comunicaban con ellos?

De momento, era imposible saberlo.

Nuestra única esperanza residía en el viaje a Mercurio que

estaban realizando los agentes terrestres T-100 y 5-C-5 de Ankvor V.

* * *

—Bien —dije—, ahí tienes a Mercurio.

María contempló al planeta situada tras unas gruesas gafas ahumadas. Yo hice lo mismo y durante unos momentos guardamos silencio.

Estábamos, naturalmente, mirando hacia la cara iluminada por el sol, brutalmente iluminada por los rayos que calcinaban su superficie y que llegaban desde menos de cincuenta millones de kilómetros de distancia. Las sombras de los relieves mercurianos, sin atmósfera su superficie, eran oscuras, recortadas nítidamente, sin zona de penumbra, negreando contra aquel abrasado conjunto de rojos, amarillos, ocres y sienas que se extendía delante de nosotros hasta perderse de vista.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó María, al cabo de unos minutos.

—Explorar —contesté—. Visualmente y por medio de instrumentos. Nos hallamos justo en las coordenadas indicadas por el señor Star, pero, puesto que en el espacio no hay nada, parece lógico hallarlo en la superficie de Mercurio.

María se mostró conforme con aquella apreciación. Disponíamos de un telescopio portátil, además del incorporado al televisor de observación de la nave y, aparte de ello, puse en funcionamiento todos los sistemas detectores.

La distancia a Mercurio era de un millar de kilómetros aproximadamente. Podíamos captar extensas zonas de su superficie y, al mismo tiempo, todos los detalles de la zona a observar.

Los sistemas de refrigeración de la nave funcionaban al máximo. De otro modo, la estancia en un lugar tan próximo al sol habría resultado imposible.

Orbitamos dos o tres veces en torno a Mercurio, siempre siguiendo rutas ligeramente distintas, con el fin de abarcar todos los detalles de su superficie. Cuando pasábamos por la zona no iluminada, lanzábamos proyectiles bengala de larga duración que nos permitían ver en la oscuridad como si fuese de día.

De pronto, uno de los detectores empezó a lanzar una serie de «pips» cortos y sostenidos. Apenas capté el sonido, salté hacia el aparato, apreté un botón y el mismo detector estableció la marcación del objeto detectado automáticamente.

—Bien —dije satisfecho—, ya hemos encontrado algo. ¿Aterrizamos?

—¿Se dice también aterrizamos tratándose de Mercurio… o habría que decir «amercuriamos»? —preguntó María sonriendo.

—Tienes un magnífico sentido del humor, pero el nombre no hace a la cosa— contesté—. Vamos a preparar todo para la llegada.

CAPÍTULO X

Los trajes refrigerantes eran pesadísimos.

En la Tierra, por supuesto, apenas habríamos podido movernos con ellos. En Mercurio, con una gravedad menor de la mitad del valor terrestre, su peso, aunque no su masa, por supuesto, quedaba considerablemente reducido.

Cada kilogramo nuestro pesaría en Mercurio unos cuatrocientos gramos, en cifras redondas. Aun así, llevar los trajes refrigerantes puestos no era ningún grano de anís.

Al fin estuvimos listos. Habíamos aterrizado en un lugar muy próximo al señalado por los instrumentos, aunque, a decir verdad, no divisábamos nada que se saliera fuera de lo común en aquel calcinado paisaje.

Momentos después, poníamos pie —bien torpemente, desde luego— en el suelo mercuriano.

A pesar de todo, incluso con la protección de nuestros trajes, recibimos una intensísima bofetada de calor apenas estuvimos fuera de la nave, que estuvo a punto de conmocionamos. Por fortuna, los termostatos automáticos de los trajes entraron en funcionamiento y la temperatura interna bajó rápidamente.

Debíamos caminar con grandes precauciones, no sólo por la pesadumbre de nuestros equipos, sino porque el suelo crujía y se deshacía literalmente bajo nuestros pies.

En muchos sitios, nos parecía pisar vidrio o barro cocido. Y dadas las espantosas temperaturas que reinaban en aquel planeta, tales frases o calificaciones no tienen nada de metafóricas.

Estábamos en una pequeña llanura, con algunos cráteres de forma perfectamente circular y bordes redondeados, apenas sin

aristas. Veíamos también algunas agudas montañas, con picos como puñales, y trozos lisos como la palma de la mano. En el cielo, el sol llameaba feroz, implacablemente.

Los trajes estaban unidos a la nave por sendos cordones umbilicales que les proporcionaban energía suficiente para sus unidades refrigeradoras.

En efecto, el esfuerzo de la maquinaria individual refrigerante era tan grande, que de haber empleado baterías, la estancia en el exterior habría durado solamente unos minutos. En cambio, la unidad de fuerza de la nave podía suministrarnos cuanta energía necesitábamos, sin límite alguno.

Poco a poco nos alejamos cosa de un centenar de metros. María subió a un pequeño montículo y, de repente, sintió que el suelo se desmoronaba bajo sus pies.

—¡Pedro! —gritó, angustiada.

—Échate hacia atrás —aconsejé por la radio.

Ella obedeció. De este modo, quedó con todo el cuerpo dentro, pero con las piernas flotando en el vacío.

Me acerqué a ella a la mayor rapidez posible. Entonces comprendí las causas de su susto.

Estaba al borde de un no muy profundo barranco, de un centenar de metros de anchura, por cuyo fondo corría lentamente una masa brillante, plateada, serpenteando sobre aquel calcinado suelo, en dirección a un punto que no podíamos divisar desde donde nos hallábamos.

—Lo siento —se excusó—. Me encontré tan de repente… Pero ¿qué es eso? —preguntó, señalando hacia la materia en fusión que corría a nuestros pies.

—Estaño —dije melancólicamente—. Ésa es la masa metálica que detectamos desde el espacio.

—Oh —dijo María, decepcionada.

—El calor del Sol es tan intenso ahora, que funde el estaño, cuyo punto de fusión, naturalmente, es muy bajo, comparado con el de otros metales —expliqué—. Imagino que al girar el planeta y hallarse esta cara en la sombra, el estaño se solidificará y…

María no me contestó.

Todavía estaba tendida a medias en el suelo, mirando un punto situado a mis espaldas. Yo no me había dado cuenta y proseguí con

mis explicaciones, hasta que ella me pegó un golpe en la pernera blindada de mi traje refrigerante.

—Pedro.

—¿Qué sucede, María?

—Vuélvete y mira. Dime luego lo que ves.

Extrañado, hice lo que me decía.

Un instante después, dejaba escapar una exclamación de asombro.

A unos ciento cincuenta metros de nosotros, había un corto farallón rocoso, de traza casi perpendicular al barranco, pero que se acababa bastante antes de llegar a su borde. En uno de sus puntos, junto a la base, vimos una especie de abertura.

Era demasiado regular para pensar en una cueva, por un lado.

Por otro, y dado que estábamos situados a un nivel ligeramente superior —una docena de metros, pero era suficiente—, podíamos ver unas huellas humanas que se dirigían a la cueva. O bien salían de ella.

Bueno, el calificativo «humanas» para referirme a tales huellas no era estrictamente correcto, ya que se trataba de improntas dejadas por las orugas de un tractor, de gran tamaño y potencia, indudablemente.

No eran huellas humanas en el estricto sentido de la frase, sino huellas dejadas por un artefacto debido al ingenio del hombre.

Me hubiera gustado chasquear los dedos, pero aquellos guantes tan enormes no lo permitían.

—¡Entonces —exclamé— es posible que el detector haya señalado algo más que estaño fundido!

* * *

María y yo nos acercamos paso a paso a la entrada de la cueva.

Miramos desde el interior. Todo estaba a oscuras.

Sin embargo, pudimos ver una escalera que se iniciaba a pocos pasos de la entrada. Pero entre la falta de luz interior y el color oscuro de las pantallas de nuestros cascos, era imposible que pudiéramos ver nada más.

— Yo entraré el primero —dije.

Crucé el umbral. María me seguía inmediatamente.

Mi casco disponía de lámpara para movimientos nocturnos. La encendí y así pude apreciar que la escalera no era demasiado larga.

Bajamos peldaño a peldaño. Al fin llegamos a un rellano cavado en la roca viva. Frente a la escalera había una puerta blindada.

Estaba entreabierta. Claramente se veía que había sido construida expresamente como aislante de las tórridas temperaturas exteriores.

Indudablemente, debía de manejarse por mecanismos eléctricos. Ahora todo estaba apagado, silencioso.

Hice girar la pesada puerta. Una gran estancia quedó al descubierto ante nuestros, ojos.

Había varios hombres. Ninguno vivía.

Todos ellos se encontraban en diversas posturas; sentados unos, en el suelo otros…, había uno que estaba tendido en el suelo, alargando la mano hacia una puertecita situada al fondo.

La muerte le había sorprendido haciendo un último y desesperado intento de buscar una salvación que no había conseguido. Todos usaban ropajes corrientes.

—¿Qué les ha pasado? —preguntó María.

—Muy sencillo —contesté—. Alguien tuvo un descuido y se dejó la puerta abierta.

—Y morirían abrasados.

Negué con la cabeza.

—Fíjate en sus caras. Careciendo Mercurio de atmósfera, esta habitación debía estar acondicionada a la fuerza. Pero ¿qué sucedió si alguien abrió la puerta repentinamente?

María se estremeció.

—La atmósfera escapó instantáneamente al exterior —dijo.

—Exacto. Y estos desdichados murieron en unos segundos.

Callamos un momento.

Luego María preguntó:

—Pero ¿qué hacían aquí estos hombres?

Vimos varias mesas, bancos de trabajo, caballetes de delineante, algunas herramientas, pero ni un solo papel que nos permitiera el menor indicio acerca de la labor que habían realizado allí aquellos sujetos.

En realidad, aquella cueva podría haber sido tomada, dada su decoración, por un estudio de proyectos industriales.

—Sí, pero ¿qué proyectos? —preguntó María cuando se lo sugerí.

—Si no encontramos un solo papel, malamente conseguiremos averiguarlo —contesté—. Vamos a ver qué hay al otro lado de aquella puerta.

Cruzamos la estancia, que poseía unas dimensiones verdaderamente notables, y llegamos al fondo. Abrí la puerta y en seguida supe lo que había al otro lado.

—Alojamientos —señalé.

—Dormitorios y demás, ¿no?

—Efectivamente.

—Entonces aquí es posible que encontremos algo —exclamó María, esperanzadamente.

—Tienes razón. Estos hombres debían de permanecer aquí largas temporadas. Recibirían tal vez algún correo, tendrían familias, fotografías…

El registro que hicimos de los dormitorios, la cocina y los demás servicios fue minucioso hasta el agotamiento.

Pero también infructuoso.

Y en las ropas de los sujetos no encontramos nada que pudiera darnos el menor rastro de los motivos de su estancia en Mercurio.

—Lo barrieron todo, absolutamente todo —dijo María, despechada.

—Hay una cosa indudable —murmuré yo.

—¿Qué es, Pedro?

—Se trata de un asesinato a sangre fría.

—Sí, yo también lo creo.

—Estos sujetos, quienesquiera que fuesen, hacían aquí algún trabajo, probablemente atraídos por el señuelo de una buena paga. Terminaron su labor… y su paga fue una puerta abierta a traición.

—Así tuvo que ocurrir, en efecto. ¿Qué me dices de las huellas de tractor que hay en la superficie?

—Sencillamente, lo trajeron para cargar todo el material que había aquí, menos lo que carecía de importancia y no podía significar una pista comprometedora. Lo hicieron, naturalmente, después de asesinarlos.

—Sí —concordó María—, eso debió de ser. Pedro, ¿seguimos?

—No, ya no tenemos nada que… ¡Espera!

Algo había llamado mi atención de repente.

Era la cara de uno de los muertos. Me pareció conocida.

La estudié unos instantes.

—Sí —dije al cabo—, ya sé quién es…, era, mejor dicho.

—¿Cómo? ¿Lo conocías? —se asombró María.

—En efecto. Hizo un viaje en la «Elena S. Lyrr» y al regreso desembarcó. Prefería ser ingeniero en tierra.

—No le gustaba el espacio, ¿eh?

—No. Hizo aquel viaje solamente como experiencia. Pero le gustaba más trabajar en tierra firme.

—¿Cómo se llamaba, Pedro?

—Garth, Juan Garth, y lo bueno del caso es que, aun sin hablar, acaba de darnos la pista que estábamos buscando.

—¿Cuál es esa pista, Pedro?

—Su esposa. Yo asistí a la boda y la conocía a ella. La señora Garth nos dirá sin duda las causas del contrasentido que supone el que a su esposo no le gustase vivir fuera de la Tierra y, sin embargo, se acomodase a pasar una larga temporada en Mercurio.

—Hay una buena razón para ello, Pedro.

—¿Cuál, querida?

—La paga. Garth pudo pensar que unos meses, o un año, pasan pronto y al final se encontraría con una pequeña fortunita ahorrada.

—Es posible, pero lo único que encontró fue la muerte —dije sombríamente—. ¿Vamos?

María suspiró. Como yo, se sentía deprimida por aquel fúnebre ambiente.

—Sí, vamos.

Regresamos a la nave y dimos comienzo a la engorrosa tarea de quitarnos los trajes antitérmicos. Una hora más tarde, estábamos listos para iniciar el vuelo de regreso a la Tierra.

Y no perdimos mucho más tiempo en la superficie de aquel calcinado planeta. Apenas lo tuve todo preparado, moví la palanca de despegue y la nave se levantó sin estremecimientos.

Minutos más tarde, volábamos a toda máquina hacia la Tierra.

CAPÍTULO XI

—Y eso es todo lo que encontramos en Mercurio —dije, completando personalmente el informe enviado anticipadamente desde la nave.

El señor Star me había escuchado en silencio, sin interrumpirme ni una sola vez. Al terminar, carraspeó y dijo:

—De modo que los mataron…, presumiblemente para cerrarles la boca.

—Así opino yo, jefe.

—Desde luego, hay gente con estómago para todo —refunfuñó el señor Star—. Parecen sádicos que sólo disfrutan cometiendo asesinatos en masa.

—Aquí ha ocurrido otra catástrofe, creo —dije—. Aparte de la del astropuerto el día de nuestra partida.

—Sí, trescientos mil kilómetros arrasados y veinticinco millones de personas convertidas en carbón —habló mi jefe sombríamente. Volvió los ojos hacia María—. Y en Ankvor V ha ocurrido también algo por el estilo.

María se puso pálida.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué? —exclamó, horrorizada.

—No lo sé, pero me gustaría tener la facultad de poder multiplicar por mil millones a ese canalla —dijo el señor Star exasperado.

—¡Jefe! ¿Es que no tenemos ya bastante con uno? —me escandalicé.

—No, si lo decía para cortarle el cuello en mil millones de veces…

El visófono sonó en aquel momento, interrumpiendo al gran jefazo. Star dio el contacto y sonó la voz de su secretaria.

—Señor, la señora Garth acaba de llegar.

—Bien, hágala pasar.

—Sí, señor.

Momentos después, entraba Gladys Garth en el despacho. Estaba muy pálida y tenía los ojos enrojecidos.

Star había despachado a un agente a buscarla, con el encargo de que le impusiera de la triste suerte corrida por su esposo. Era fácil adivinar el choque que había recibido la pobre joven.

Gladys me dirigió una triste sonrisa al verme.

—Hola, Pedro —saludó con voz débil.

Estreché su mano afectuosamente y la hice sentarse en un sillón. Mi jefe estaba en pie.

—Señora… No es un motivo de alegría conocerla en tan triste situación —manifestó—. Permítame expresarle mi condolencia y asegurarle que me siento incondicionalmente a su lado en tan amargos momentos.

—Gracias —murmuró Gladys.

—Es el señor Star —presenté yo—. Mi esposa María.

Gladys hizo sendas inclinaciones de cabeza. Star volvió a sentarse.

—Señora, me he permitido rogarla que viniera a mi despacho para hacerle algunas preguntas —habló pausadamente—. No sólo se trata de intentar castigar la muerte de su marido, hecho que sabemos es un asesinato, sino de contribuir a evitar algo de infinita importancia. Por ello, cada una de sus palabras puede resultar de vital interés para nosotros.

—Entiendo, señor Star. Hable, yo contestaré todo lo que sepa —manifestó Gladys.

—Se trata, en primer lugar, de su esposo. ¿Sabía usted que estaba en Mercurio?

—Sí, desde hace año y medio, aproximadamente.

—Te diría que había encontrado un buen empleo —intervine yo.

—En efecto —contestó Gladys—. Y yo recibía su sueldo con toda puntualidad.

—¿Cuánto al mes?

—Dos mil quinientos talentos.

Star silbó.

—Eso no lo gano yo ni en cinco meses —murmuró—. ¿Quién se lo pagaba, señora?

—Su jefe, supongo…, es decir, el director de la empresa para la cual trabajaba.

—¿Conoce usted el nombre de la empresa?

—Sí…, en cierto modo. Es algo así como Ingeniería Interplanetaria.

—Lo cual no dice mucho y no compromete a nada —refunfuñé yo—. ¿Conoce el domicilio de esa sociedad?

—No, no he estado nunca allí. Durante la ausencia de mi esposo, ingresaban el dinero en mi cuenta bancaria y me lo avisaban por medio de una carta corriente.

Gladys abrió el bolso y sacó un sobre con membrete. Star lo estudió un momento y se lo quedó.

—Investigaremos esta dirección, señora —aseguró—. ¿Sabe usted si su esposo pensaba volver pronto?

—Según me dijo, tardaría dos años, el tiempo estipulado en su contrato de trabajo.

—¿Recibías noticias con regularidad de él? —pregunté.

—Una carta al mes, aproximadamente. Con alguna más frecuencia, un mensaje espacial.

—¿Cuándo recibiste la última carta?

—Hace cosa de dos meses y medio. Luego recibí varios telegramas espaciales…, anteayer el último. Míralo.

Gladys me entregó un papel amarillo, cuyo contenido escrito no tenía importancia. Era el telegrama de un marido enamorado a su esposa.

—Por el origen del telegrama puede conocerse la guarida de… ellos —apuntó María.

Hice un gesto negativo.

—No. Cualquier astronave puede despachar un mensaje radiotelegráfico a la Tierra, eligiendo una de las centrales más próximas al punto de destino. Según la clase de nave que sea, tendrá establecido un concierto para abonar el importe de esos despachos, pero también se envían a pagar por el portador. Lo único que se necesita, como mínimo, es detallar las coordenadas del origen del mensaje en el momento de su despacho.

—¿Qué coordenadas señala ese telegrama? —preguntó Star.

—Unas ya conocidas —dije, recordando nuestro reciente viaje a Mercurio—. Pero no hay seguridad de que el telegrama fuese enviado desde allí. ¡Se hacen tantas trampas en esta clase de asuntos!

—Lo cual significa que los autores del telegrama lo enviaron para retrasar en lo posible el conocimiento de la muerte de Garth y sus compañeros —terció María.

—Así pienso yo.

—Y yo —murmuró Star—. Por ese telegrama no sacaremos nada. Pedro, hay que ir al domicilio de la sociedad esa de Ingeniería Interplanetaria.

—Sí, señor, pero antes quisiera hacer un par de preguntas más a la señora Garth.

—Por supuesto —accedió mi jefe.

—¿De qué se trata? —inquirió Gladys.

—De tu esposo. ¿Te habló alguna vez de su jefe? Quiero decir, del tipo que le había ofrecido el contrato.

—Sí, mencionó su nombre. Incluso yo misma hablé con él en una ocasión.

—Interesante —dijo mi jefe—. ¿Cuál es el nombre, señora?

—Emil Flack, señor Star.

Mi jefe era tipo rápido actuando. Pulsó el interruptor del interfono y pidió:

—Urgentísimo. Informes sobre Emil Flack.

Y cortó.

—Continúa, Pedro —me invitó.

—De modo que tú hablaste con Flack —dije a Gladys.

—Sí, Pedro.

—¿Cómo ocurrió?

—Flack llamó a Juan. Mi marido estaba fuera de casa. Era cuando se hallaban en tratos para trabajar con la Ingeniería Interplanetaria.

—Sí, comprendo. ¿Qué más?

—Le dije que estaba ausente y me dio un número de visófono para que Pedro le llamase con urgencia, apenas regresara. Lo anoté y…

—¿Has dicho que lo anotaste? —exclamé, vivamente excitado.

—Sí, claro; lo tengo aquí…

Gladys sacó una agenda de direcciones, de la que me apoderé al momento. Copié el número de visófono y se lo pasé a mi jefe.

—Para que indaguen la casa a que pertenece —señalé.

Star lo hizo en seguida, mientras yo hacía todavía dos preguntas más a Gladys:

—¿Sabes en qué consistía el trabajo de tu marido para la I.I.?

—No. Yo no entendía de esas cosas. Juan me habló de algo interesante, incluso revolucionario, pero no entró en muchos detalles, sabiendo que yo no le comprendería.

—Sí, desde luego. Gladys, dime, ¿viste la cara de Flack?

—Por supuesto.

—Descríbelo, por favor.

Gladys cerró los ojos un instante.

Luego dijo:

—Bien, yo diría que tenía unos treinta y cinco años de edad, era muy guapo y atractivo y realmente simpático en el trato…, en el escaso trato que tuvimos durante el par de minutos que duró nuestra conversación. Cortés, galante, la cara tostada, con aire de deportista… Eso es todo, Pedro.

—No está mal —aprobé.

Y de repente, sin saber por qué, aquella descripción me recordó la de una persona conocida, cuyo nombre no acababa de situar en aquellos momentos.

El visófono sonó de pronto. Star dio el contacto.

Una voz femenina dijo:

—Informes sobre Emil Flack: negativos. No hay constancia en los archivos.

—Gracias —contestó Star secamente.

Hubo un momento de silencio. De pronto, María dijo:

—Señor Star, Pedro, ¿no les recuerda nada el nombre de Emil Flack?

Mi jefe y yo cambiamos una mirada de asombro.

—Nunca lo habíamos oído hasta ahora —dijo Star.

Yo presentí que María había encontrado una pista.

—¿Por qué no hablas de una vez, guapa? —invité.

Ella sonreía extrañamente.

—Se supone que son investigadores con experiencia, ¿no? ¿Qué

nombre declararon Strössom y Cabano en su interrogatorio?

Star dijo algo feo entre dientes. Yo me pegué una palmada en la frente.

—¡Erick Frutier! —grité.

—Exacto —corroboró María—. Las iniciales coinciden y…

El visófono sonó de nuevo.

Star recibió un informe:

—El número de visófono corresponde a la planta 137a, departamento R, número 8.447 del Nivel Paralelo 50.

—Gracias, señorita —dijo Star, después de anotar la dirección en un papel. La copió y me entregó a mí dicha copia—. Ya sabes lo que tienes que hacer, Pedro.

—Descuide, jefe.

Me puse en pie. Star dijo:

—Señora Garth, le agradezco infinito su colaboración. Puede tener la seguridad de que la muerte de su esposo será castigada.

—Gracias, señor Star.

María se acercó a Gladys para consolarla. La abrazó tiernamente y luego se la llevó del despacho.

Yo seguí a las dos mujeres hasta el ascensor. Bajamos juntos los tres hasta la planta.

Gladys dijo:

—Más que por mí, lo siento por el pobre Tommy. ¿Qué le diré ahora? Esperaba a su padre con tanta ansia…

—¿Tienes hijos? —le preguntó María.

—Sí, uno, Tommy. Ha cumplido ya los cuatro años y es muy vivo y despierto…

—Tendrás que prepararle para la mala noticia —suspiró María —. Pobre chiquillo.

Yo pensé que Gladys era joven y muy guapa. El tiempo borraría los malos recuerdos y acabaría encontrando a un hombre que la hiciese feliz de nuevo.

De pronto, Gladys, cuando ya llegábamos a la planta baja, preguntó:

—Y tú ¿tienes niños, María?

Yo iba a contestar negativamente, pero María se me anticipó.

—Sí, uno. Pronto cumplirá los cuatro años. Naturalmente, se llama Pedro, como su padre.

* * *

Yo me sentía muy enojado mientras preparaba mis cosas para dirigirme al Nivel Paralelo 50.

—Es la primera noticia que tengo de mi hijo —bramé—. ¿Cómo has sido capaz de callarlo hasta ahora?

María me dirigió una sonrisa llena de malicia.

—¿Me has preguntado tú alguna vez si yo había tenido un hijo? —replicó agudamente.

Me quedé parado.

—Cuando me marché de Ankvor V…

—Cuando te marchaste de Ankvor V ya estábamos casados, cuando menos según la ley ankvoriana —me interrumpió ella.

—Sí, pero…

—Al despedirnos, no estaba todavía segura. Lo supe con certeza dos semanas más tarde.

Levanté los brazos al cielo.

—¡Y te lo has callado durante todo este tiempo!

—Claro que me lo he callado —admitió María tranquilamente.

—Que me ahorquen si lo entiendo —refunfuñé.

—Pues es bien sencillo. ¿Cuántas veces, en estos cuatro años, he tenido noticias tuyas?

Apreté los labios.

María tenía razón.

—Yo sabía que volverías un día —siguió mi esposa—. Pero también sabía que considerabas nuestro matrimonio como…, como una especie de unión de conveniencia. Claro, nos habíamos casado de una forma muy distinta a como lo hacéis aquí. Los terrestres orgullosos, no se diga más.

—Bueno, María, no hay que tomárselo así…

—Hay que tomárselo de la forma en que a uno le suceden las cosas. Al menos, de cuando en cuando, podías haber enviado unas líneas. Pero no, ni siquiera sabía dónde estabas…, dentro de la Tierra, naturalmente.

—Está bien, está bien, te pido perdón. No lo haré más, porque, claro, ya no voy a separarme más de ti. —La abracé con fuerza—. ¿Me perdonas?

Era una mujer enamorada. ¿Cómo no iba a perdonarme?

—De modo que tengo un hijo y se llama Pedro —dije, al cabo de unos minutos—. ¿Cómo es?

—Espera, te enseñaré su retrato.

Era igual que yo, no desmentía la raza, aprecié embobado unos minutos más tarde.

María me contemplaba sonriendo.

—Lo cuidan mis padres —dijo.

—¿Y has sido capaz de abandonarlo para correr unos peligros que pueden dejar a Pedrito sin madre?

Los ojos de María centellearon.

—Aquí vine con una doble misión: oficial y particular. Conoces la oficial.

—Sí. ¿Y la particular?

—¡Buscarte a ti, tonto! ¡Estaba ya harta de esperar en vano!

La abracé de nuevo. Se lo merecía.

Pero esta vez, nuestro abrazo duró muy poco.

—El visófono, Pedro —dijo María, al oír el zumbido que sonaba repentinamente.

Fui hacia el aparato y di el contacto. La cara de mi jefe apareció en la pantalla.

—Pedro, ha muerto Wencke-Lawr —dijo Star.

—¿Diagnóstico?

—Senilidad acelerada. Pero todavía hay más.

—¿Sí, jefe?

—He conseguido un retrato del auténtico Lawr. Corresponde exactamente a la descripción que Gladys Garth nos hizo de Emil Flack.

Lancé un gruñido.

—Ese tipo cambia de nombres como nosotros cambiamos de camisa —mascullé.

—Yo también opino lo mismo, pero ojalá se limite solamente a cambiar de nombres —deseó mi jefe.

—¿Por qué dice eso, señor Star?

—Sería horrible que hubiese cambiado de cerebro nuevamente.

—Querrá decir de cuerpo —corregí.

Star soltó un taco.

—Es lo mismo —gruñó—. Con este lío de trasplantes ya no sé ni

lo que me digo. No sé si Wencke es Lawr o Lawr es Frutter o Frutter es Flack o Flack es Wencke…

—¡Jefe!

—¿Sí, Pedro?

—No siga. Me gusta seguir sano mentalmente, ¿comprende?

—Dispensa, Pedro. Bueno, anda pronto a ver qué encuentras en casa de Flack-Frutter-Lawr-Wencke…

Corté la comunicación.

Si le dejo seguir hablando así, me vuelve loco.

CAPÍTULO XII

María y yo nos detuvimos ante la puerta del piso correspondiente a Emil Flack.

El edificio permanecía en silencio. Era lógico, puesto que las agujas del reloj marcaban ya más de las tres de la madrugada.

Hice un signo con la mano. María se separó de la puerta.

Saqué mi lápiz pulverizador y destruí la cerradura. Acto seguido, lo cambié por la pistola que lanzaba espuma pegajosa.

Si me encontraba con un desconocido, quería capturarlo vivo. Empujé la puerta; sin que dentro del piso se oyera el menor ruido.

Busqué el interruptor casi a tientas. La oscuridad se disipó y nos encontramos en el salón de una casa cuyo dueño tenía aires de persona acomodada, a juzgar por la decoración, elegante, pero sin excesivos lujos.

María cerró detrás de mí. Todo estaba en calma.

Minutos más tarde, encontramos que el piso estaba deshabitado.

Sin embargo, parecía que la ausencia de su inquilino era momentánea.

Había alimentos en el frigorífico y en un despacho de trabajo observamos cierto desorden, no mucho, sólo lo justo para saber que la estancia había sido utilizada recientemente.

—Busquemos aquí —propuse.

Empezamos a mirar por todas partes.

Pasó una hora. Yo empezaba ya a sentirme desanimado.

De pronto, María lanzó una exclamación.

—¡Pedro, pronto, ven aquí!

Corrí hacia la mesa de trabajo. En un lado de la misma había un cuaderno de cuartillas blancas, en ninguna de las cuales se veía

nada escrito.

María señalaba precisamente la cuartilla superior.

—No veo nada —dije.

—Inclínate un poco —aconsejó ella—. Mira en sentido oblicuo.

Obedecí sus indicaciones. Entonces percibí ciertos relieves invertidos en su satinada superficie.

—Han estado escribiendo algo —dije.

—Sí, justamente, y la presión del lápiz ha resultado lo suficientemente fuerte para que lo escrito en la cuartilla superior quede grabado en la inmediatamente inferior.

—Así es —concordé—. Y ahora mismo vamos a ver lo que hay aquí escrito.

Arranqué la cuartilla y le di la vuelta. Busqué un lápiz y una cuchilla y cuando lo tuve todo, eché aliento varias veces para humedecer ligeramente la superficie del papel.

Entonces raspé el grafito del lápiz y lo dejé caer pulverizado sobre la cuartilla. Al terminar, pasé ligeramente el dedo por los salientes.

Luego soplé. Una serie de signos gráficos aparecieron ante nuestros ojos.

—Un espejo —dijo María.

—Sí, en el cuarto de baño. Tráete el bloc de papel y el lápiz.

Corrimos al cuarto de baño. Puse la cuartilla frente al espejo. Éste nos devolvió en visión correcta los signos que nosotros leíamos invertidamente en la cuartilla.

María anotó rápidamente aquella serie de cifras y letras. Había dos grupos:

F/002 O.N. 821°   1/373 E.S. 04°

—¿Qué diablos significa eso? —exclamé, confuso al terminar la lectura.

María me contempló, con el bloque de cuartillas en la mano. Yo pensaba furiosamente, pero no se me ocurría ninguna idea.

—¿La combinación de una caja de caudales? —sugirió.

—No…, no lo creo, pero en la Central nos lo dirán mañana. Vámonos.

—Sí, Pedro.

Apagamos la luz, dejamos todo tal como lo habíamos encontrado y abandonamos el piso.

* * *

—Esto es todo lo que encontramos —dije yo, a la mañana siguiente, en el despacho de mi jefe, tendiéndole el resultado de mis investigaciones.

Star leyó atentamente los dos grupos de números y letras. Luego empezó a tirarse del lóbulo de la oreja izquierda con gran perplejidad.

—Que me cuelguen si sé lo que significa esto —masculló.

—Lo mismo me pasa a mí —convine educadamente.

—A mí, en cambio, esos signos me recuerdan algo y no consigo saber qué es —terció María.

Los dos la miramos interesadamente.

—Haz un esfuerzo —imploré.

Ella cerró los ojos y se concentró. De pronto, Star me hizo un signo con la mano.

—Diga, jefe —hablé con un susurro.

—Hemos investigado la dirección de la sociedad esa de Ingeniería Interplanetaria —declaró mi jefe en el mismo tono.

—¿Bien?

—Dirección falsa, Pedro.

Hice un signo de asentimiento.

—Perfectamente lógico, jefe.

María juntó de pronto las palmas de sus manos.

—Ya está —exclamó.

—¿Qué es, señora? —preguntó Star, con la avidez de un náufrago.

—Muy sencillo. Se me ha ocurrido repetir esas cifras al revés…

—¿Y…? —dije yo, casi ahogándome.

—¿Por qué no lo haces tú mismo, Pedro? —invitó ella—. Pero sigue un orden de absoluta rigurosidad, ¿comprendes?

—Sí, claro.

Hice lo que ella me decía. Un instante después, lanzaba un enorme alarido.

—¡Estúpido!

—¿Se refiere a mí? —preguntó mi jefe cortésmente.

—Si le parece, hablaré en plural. Leyendo estas anotaciones en orden inverso, tendremos las coordenadas que nos llevaron a Mercurio.

—Pero ya hemos estado allí y no encontramos nada —dijo María desalentada.

—En efecto, no encontramos nada… hasta cierto punto, claro está —admití—. Pero es que resulta que un punto del espacio tiene las mismas coordenadas que otro situado en idéntica posición en el subespacio. Por tanto, dado que espacio y subespacio si son idénticos, aunque opuestos, las coordenadas tendrán las mismas letras y cifras, pero en orden totalmente opuesto.

Star lanzó una explosiva interjección.

—¿Están… al «otro lado»? —dijo.

Hice varios movimientos con la cabeza.

—Así como suena: al otro lado, en el subespacio. —confirmé.

—Pero ¿qué hacen allí? —exclamó María.

Junté las yemas de los dedos. Star me miraba inquisitivamente.

—¿No les parece que es hora de que vaya yo a ver qué hace esa gente en el subespacio?

—Sí, Pedro —accedió mi jefe.

—¿Solo? —preguntó María.

—Naturalmente.

—Iré contigo —decidió ella.

—Olvídalo. Tú ya has hecho bastante —alegué.

—Soy un agente de mi planeta…

—Ahora eres mi mujer y la madre de Pedrito. Debes tener en cuenta esas circunstancias —insistí.

—Si no me dejas ir contigo, buscaré una nave y lo haré por mi cuenta —manifestó ella, tenaz.

Star se había reclinado en su sillón y tenía los brazos cruzados sobre el pecho.

—Estoy aguardando a que resuelvan problema tan importante —dijo, con plácido acento.

María se puso colorada.

—Está bien, me quedaré —cedió al cabo—. Pero de mala gana.

Me incliné hacia ella.

—Querida, tengo la sensación de que vamos a jugar la última

partida. Será también la más peligrosa y yo no quiero que corras el menor riesgo, ¿comprendes?

Ella me dirigió una cálida mirada.

—Pero me sentiré como sobre ascuas hasta que vuelvas —dijo.

Le di un beso en la mejilla. Sonó un fuerte carraspeo.

—¿Han terminado ya sus efusiones? —preguntó mi jefe, sarcástico.

—Está bien —dije—. ¿Cómo lo hacemos?

El señor Star meditó un momento.

—Te proporcionaremos una nave indetectable en todo, aun en lo visual —dijo al cabo—. El resto tendrás que hacerlo tú, por tu cuenta.

—Pero… es que ni siquiera sabe qué hay allí —adujo María.

—Para eso va, para averiguarlo —afirmó mi jefe—. ¿Te parece bien, Pedro?

Hice un signo de asentimiento.

Tenía que parecerme bien, porque era la única forma de acabar con aquellas matanzas en masa, cuyos motivos, a decir verdad, desconocíamos todos.

* * *

En aquel intervalo se recibieron noticias de sendas catástrofes tanto en la Tierra como en Ankvor V, con, naturalmente, decenas de millones de víctimas. Aquello, me dije, era obra de un enloquecido maniático, cuyo único goce consistía en el arrasamiento de vastas zonas y en la muerte de todos sus habitantes, inteligentes o no.

Mi jefe había tenido razón al desear que Wencke pudiera ser reproducido miles de millones de veces… para cortar aquellos miles de millones de cabezas como castigo por sus matanzas. Pero no eran más que eso, deseos.

Era preciso ir a la guarida de Wencke o como quiera que se llamase ahora.

Sí, porque igual podía usar el nombre de Lawr que el de Frutter que el de Flack. Éste era un detalle accesorio, sin importancia.

La nave estuvo lista en un par de días. Competentes especialistas al servicio de la S.S. la revisaron a fondo y probaron exhaustivamente sus mecanismos e instrumentos, eliminando

prácticamente toda posibilidad de error. Feroces sabuesos la custodiaron día y noche, a todas horas, sin perderla de vista un solo minuto.

Al fin todo estuvo listo para la partida. No quise elegir ningún arma especial, sabiendo que si me atrapaban sería registrado al máximo. Lo que sí me llevé fueron potentes explosivos y una herramienta individual que pensé podría serme útil en caso de apuro.

Mi jefe me dio las últimas instrucciones.

— Si ves que no hay solución, envía la clave F.T.000, ¿entiendes?

Hice un parpadeo de asentimiento.

Esto me lo había dicho mi jefe a solas. Significaba que yo podía encontrarme en un apuro insoluble, a punto de morir, sin salvación posible.

La clave F.T.000 significaba fin total. En el momento en que yo la enviase, mi jefe haría disparar un torpedo capaz de hacer saltar un mundo en pedazos.

Y María quedaría viuda.

Naturalmente, yo estaba dispuesto a hacer todos los posibles por evitar semejante eventualidad, pero… ¿quién podía predecir el futuro?

CAPÍTULO XIII

La partida de mi nave, algo menor que las del mismo tipo, no tuvo ningún carácter especial. Me senté ante el cuadro de mandos, revisé los instrumentos y pulsé la palanca de arranque.

Momentos después, me hallaba en el espacio. Entonces puse en funcionamiento la computadora de la nave. Era preciso conocer el momento más adecuado para hacer el tránsito del espacio normal al subespacio.

La respuesta tardaría todavía algunos minutos; no era cosa tan sencilla como parecía, debido a que esta operación iba a realizarse en un punto demasiado cercano a la tierra y era preciso eliminar toda probabilidad de error.

Mientras tanto, me alejaba de la Tierra a buena velocidad. Yo no hacía más que preguntarme qué clase de arma —porque era un arma, no cabía la menor duda— era la que empleaba el doctor Wencke.

Y, sobre todo, ¿con qué objeto?

Porque esto era lo único que no comprendíamos.

¿Qué pretendía?

¿Riquezas? ¿Poder?

Hasta el momento, no había formulado la menor petición en tal sentido. Ni siquiera había dado explicación pública de sus motivos.

Nada. Simplemente, disparaba su pistola cósmica… y eso era todo.

Y la gente pensaba que iba a estallar el sol.

De repente sonó un «flop» dentro de mi nave.

Hubo un chispazo vivísimo. Luego una persona se materializó

ante mis ojos.

Pegué un salto en el asiento.

—¡María!

Mi esposa me abrazó.

—La misma —confirmó, besándome cariñosamente.

—Pero ¿qué demonios…?

—¿Acaso llegaste a creer que ibas a ir solo?

—Me has engañado —protesté.

—Si te lo hubiera dicho entonces, no habrías aceptado, ¿verdad?

Lancé un suspiro de resignación.

—Cuando se os mete una cosa en la cabeza, ya no hay forma humana de arrancárosla —dije de mala gana.

—Sí, había una forma. Cortarme la cabeza —exclamó ella, riendo—. Pero es lo último que harías tú, ¿verdad, cariño? —agregó, mimosa.

—Será mejor que te quites eso —refunfuñé, señalando el ancho y grueso cinturón que llevaba en torno al talle.

—Sí, querido.

Era un cinturón traslatorio instantáneo. La ayudé a quitárselo y lo examiné atentamente a continuación.

Hice un signo negativo. María notó mi preocupación.

—¿Qué te pasa? —inquirió.

—Es un aparato sólo apto para espacio normal —dije.

—Pues claro. Yo marqué las coordenadas de tu nave…

La miré fijamente.

—Querida, ¿es que no te has dado cuenta de que vamos al subespacio?

María se puso pálida.

—Lo siento —sé excusó.

Le di unas palmaditas en la mejilla.

—No te preocupes. Posiblemente, nos arreglaremos con la nave. Anda, siéntate aquí; la computadora está a punto de dar su respuesta.

María y yo ocupamos sendos asientos frente al cuadro de mandos. Momentos después, un rectángulo de color amarillo empezó a iluminarse con una luz viva, oscilando cada vez más rápido, hasta estabilizarse por completo.

En el centro del rectángulo aparecieron unas cifras. Eran los

datos complementarios que yo necesitaba para realizar la operación de tránsito.

Hice unas cuantas operaciones en el teclado de control de la nave. Al cabo de unos minutos, una lámpara verde de buen tamaño empezó a oscilar en el tablero.

—Luz verde, Pedro —dijo María.

Hice un movimiento con la cabeza.

—Sí, luz verde —murmuré.

¿Se tornaría en roja al «otro» lado?

Moví la última palanca. Instantáneamente, todo cuanto había en torno a nosotros: la Tierra, el Sol, las estrellas, la Luna, desapareció y fue sustituido por una noche total, absoluta, por la noche más negra que un ser humano pudiera imaginar.

—¿Esto es… el subespacio?

—Sí, querida, esto es el subespacio.

—Pero no se ve nada.

—Claro. Si te mueves a una velocidad infinitamente superior a la de la luz, los rayos luminosos quedan muy rezagados con respecto a ti, como cuando en una nave subatmosférica vuelas a velocidad superior a la del sonido.

—Las ondas sonoras quedan detrás de la nave.

—Justamente.

—Y… ¿siempre es así?

—En determinadas circunstancias solamente.

—¿Cuáles son las otras circunstancias?

—Ahora lo verás.

Consulté de nuevo el tablero. Una luz ámbar osciló de pronto, acelerando su centelleo hasta quedar en brillo fijo.

Entonces pulsé una palanca.

El color negro pareció aclarar gradualmente.

Poco a poco perdió intensidad. Parecía como si naciera una luz en aquel océano de tinieblas que nos rodeaba, pero aquella luz nacía en todas partes al mismo tiempo.

Era un resplandor suave, lechoso, nada dañino para, la vista. Pero no se divisaban estrellas ni otros astros, lo que le confería un aspecto más bien deprimente.

—¿Qué has hecho, Pedro?

—Simplemente, he conectado el reductor de velocidad. Estamos

llegando al objetivo, ¿sabes?

María se puso una mano en la garganta. Ciertamente, en el espacio reina un silencio absoluto… Pero allí parecía doblemente intenso, aun teniendo en cuenta que ni siquiera en la Tierra y parados en el suelo, habríamos percibido sonido alguno desde el interior de la nave y con las escotillas cerradas. Tratábase, naturalmente, de una sensación subjetiva.

Y de repente…

—¡Ahí está! —gritó ella.

¿Era aquello… lo que causaba las devastaciones?

Por el momento, no podíamos conocer sus dimensiones, debido a la falta de puntos de referencia. Tal como lo vimos en los primeros momentos, lo mismo podía caber en una mano que tener mil kilómetros de ancho.

Fue poco después, cuando nos acercamos a velocidad reducida —espacial dentro del subespacio—, cuando pudimos apreciar las dimensiones de aquel extraordinario artefacto.

A juzgar por lo que veíamos, medía unos diez kilómetros de ancho por veinte de largo. En sustancia era un prisma —el andamiaje y muy escueto, más bien— de sección cuadrangular, dentro del cual había un larguísimo cilindro de unos nueve kilómetros de diámetro y el doble de longitud, sustentado por un entramado metálico escaso, pero hábil y eficientemente calculado.

El cilindro tenía una curiosa peculiaridad: era de finísima red metálica, de mallas cuadradas y su interior era absolutamente hueco.

—¡Dios mío! —dijo María, anonadada—. Nunca había visto nada semejante.

Yo hice un signo de aprobación.

Me pasaba lo mismo que a ella; jamás había visto nada igual.

¿Qué era? ¿Cuál era su función?

De pronto, en uno de los lados del entramado del prisma, divisé una especie de cabina en forma de paralelogramo.

—Allí, María —señalé.

—¿Nos verán? —preguntó ella, temerosamente.

—No. Tengo todos los antidetectores en funcionamiento, incluso para observación visual.

—Es decir, que somos invisibles.

—Justamente.

Me levanté.

—Vamos, hemos de equiparnos.

Minutos después, estábamos listos, con nuestros cinturones de traslación instantánea.

Antes de la partida, realicé una serie de operaciones en el tablero de la nave. Comprobé unos cuantos instrumentos y luego goberné el aparato hasta dejarlo a un par de metros de aquel cubículo que habíamos divisado desde lejos.

Era más grande de lo que parecía. Daba la sensación de ser una casa acostada, de unos seis o siete pisos de altura. Había bastantes ventanas, lo cual me dijo que era el lugar desde donde se dirigía aquel monstruoso artefacto.

Lancé un cable de amarre y la nave quedó fija.

—¿Lista, María?

Mi esposa hizo un gesto afirmativo. A una, pulsamos los botones de partida y, antes de un segundo, ya nos hallábamos en el interior del cubículo.

La traslación instantánea era un medio muy eficaz, que suprimía el engorro de tener que utilizar trajes de vacío para el trastorno de una nave a otra en el espacio. Y aunque el aparato era grande y pesado, resultaba menos embarazoso, sin embargo, que el clásico traje espacial.

Lancé un suspiro de alivio.

Hasta el momento, todo había salido bien. De ahora en adelante…

—Bueno, ya estamos, María —dije a media voz, estudiando con interés cuanto nos rodeaba.

Nos hallábamos en un corredor amplio y largo, uno de cuyos muros era transparente y daba al espacio. En el otro había algunas puertas, todas ellas cerradas en aquel momento.

El corredor no tenía ningún indicativo. Durante unos instantes, María y yo permanecimos irresolutos, sin saber qué dirección tomar.

De pronto, una voz de tonos sarcásticos sonó, brotando de un altoparlante invisible.

—¿No saben adónde dirigirse? Yo se lo indicaré, señor y señora Harkass. Por favor, caminen hacia adelante, en el sentido en que

ahora están mirando, y abran la tercera puerta.

Cambié una mirada con mi esposa. Ella, pálida, aunque resuelta, movió la cabeza.

Cogí su mano y echamos a andar. Llegamos a la puerta mencionada y la abrimos.

Era un cubículo de paredes desnudas, sin ningún mueble.

—Se trata de un ascensor —dijo la voz—. Entren, por favor.

María y yo obedecimos. Apenas lo hubimos hecho, el ascensor se elevó rápidamente.

Yo procuré dominar mis nervios.

Debía estar tranquilo. Calma y serenidad eran las dos cosas que más falta me hacían para el enfrentamiento final con el doctor Wencke.

CAPÍTULO XIV

El ascensor se detuvo al fin y su puerta se descorrió. María y yo dimos dos pasos fuera de la caja y nos encontramos en una habitación de aspecto, hasta cierto punto corriente, en que lo más notable eran dos grandes pantallas de televisión.

—Siéntense —ordenó la voz.

—¿Es usted Wencke? —pregunté.

—El mismo, señor Harkass, mi enconado y tenaz perseguidor. ¿Cómo está la hermosa señora Harkass?

—Deseando verle la cara, doctor —contestó María.

Se oyó una ligera carcajada.

—Me gusta complacer a las damas —dijo Wencke.

Una pantalla se iluminó en el acto. Wencke apareció en ella, con el rostro de Denis Lawr, situado tras una mesa de trabajo.

—¿Me ve ahora, señora Harkass?

—Sí —contestó María.

Yo hice un cáustico comentario.

—Se le ve muy bien, doctor, muy rejuvenecido. Parece un «play-boy» de estos que hacen vender tantos miles de ejemplares a los semanarios de sociedad.

—El señor Lawr fue muy gentil al cederme su cuerpo. El mío estaba ya gastado…, hecho un puro asco, para decirlo con más claridad.

—Desde luego. Usted se había dado cuenta de su enfermedad, ¿no es cierto?

Wencke asintió.

—Sí, y no había cura para ella. Es un extrañó virus contra el que no se conoce todavía remedio…, pero, en fin, no hablemos más de

ello. Ah, les diré una cosa: esos cinturones traslatorios no les sirven aquí para nada. He creado un campo de fuerza que anula su potencia. ¿Entendido?

—Entendido, doctor —dije, impasible.

—Usted nos esperaba —exclamó María de pronto.

—Ciertamente —admitió Wencke, con la sonrisa en los labios—. Incluso me extraña que no hayan venido antes…, pero están aquí y eso es lo que importa.

—¿Cómo podía esperarnos, si usted tenía que saber que nosotros ignorábamos el lugar donde se escondía?

Wencke volvió los ojos hacia mí.

—¿No encontraron un bloque de papel en la casa de un tal Emil Flack?

Hice chasquear los dedos.

—De modo que lo dejó usted —exclamé.

—Con toda intención —admitió Wencke alegremente.

—Y ¿con qué objeto? —preguntó María.

—Primero, para tener el gusto de conocerles. Después para eliminarles.

—No somos los únicos —dije, sin pestañear, después de aquellas, truculentas palabras.

—Lo sé, pero es que después que haya acabado con ustedes, acabaré con la capital y cuanto lo rodea en un área de doscientos kilómetros a la redonda.

Procuré conservar la calma.

—Está hablando tan tranquilo de la muerte de cientos de millones de seres —expresé.

Wencke se encogió de hombros.

—Han tenido mala suerte —dijo cínicamente.

—Pero ¿por qué? —exclamó María—. ¿Por qué condenar a tantos seres inocentes a una muerte horrible?

—¿Horrible? Nada de eso, mi bella señora Harkass. Pero ¡si ni siquiera se enterarán!

—Explíquese, doctor —rogué—. ¿Por qué tantas destrucciones?

Los ojos de Wencke brillaron demoníacamente.

—¡Debo destruir la humanidad! —clamó, con voz de profeta que anuncia la cólera divina—. Todos son gentes viejas, gastadas, egoístas, que sólo piensan en sus propias diversiones, en su propia

codicia; avariciosos, lujuriosos, llenos de gula… Voy a construir una humanidad nueva, más limpia, y sana de mente y de cuerpo…

Aquel hombre era un demente.

Se había creído, adiviné, una especie de mesías que debía destruir el pecado y lo hacía a la manera. bíblica, arrasando la superficie del planeta con el fuego que llegaba del cielo.

—Si mata a todos, ¿de dónde saldrá la nueva humanidad? —pregunté con sorna.

—¿De dónde saldrá la nueva humanidad? —repitió Wencke—. ¡Mírenla!

Extendió la mano derecha, a la vez que volvía ligeramente el cuerpo, y buscó un botón sobre su mesa, que encontró después de un par de tanteos. Apenas lo hubo apretado, se encendió el segundo televisor.

Una extraña escena apareció ante nuestros ojos.

Era una habitación de grandes dimensiones, toda ella ocupada por numerosos cajones de cristal, cada uno de los cuales contenía una persona.

Los ocupantes de los cajones eran en número aproximadamente igual hombres y mujeres y todos jóvenes.

Dormían.

—Ahí tienen la nueva humanidad —dijo Wencke—. Son mis colaboradores, no sólo de la Tierra, sino también de Ankvor V, los cuales están durmiendo y esperando en el sueño a que yo les despierte para habitar y repoblar de nuevo ambos planetas. Y será una raza sana, joven, limpia, sin los prejuicios egoístas y vanos del pasado, con un futuro esplendoroso ante sí y completamente distinto del actual.

—Si quema los planetas, no sé de qué van a vivir esos seres cuando despierten —objeté.

—Hay zonas vegetales desiertas, que seguirán intactas. Por otra parte, la Tierra y Ankvor V serán verdes de nuevo, destruida por completo su actual y hedionda civilización. Y esos jóvenes que han visto…

—Todos los cuales le han ayudado, como le ayudaron otros que nos han causado abajo más de un disgusto —dije.

—Sí. Entre ellos Fruey, convertido a mis ideas y financiador de mis trabajos.

—¿Conocen ellos sus planes, doctor?

—¿Estarían ahí si no se sintieran de acuerdo conmigo?

—Es verdad, tiene usted razón —admití—. Pero ¿por qué también Ankvor V?

—Sí —intervino María—, díganos por qué quiere destruir también a mi planeta.

—Es curioso —respondió Wencke—. Ustedes ya conocen las peculiaridades espaciotemporales del universo, esa especie de «pliegues» que se producen en las líneas del subespacio, como si hubiese unas capas montadas sobre las otras… ¿Cómo explicarlo? —murmuró en tono dubitativo.

—Es como plegar un papel varias veces sobre sí mismo, pero no en dobleces cuadradas, de tamaño cada vez menor, sino en dobleces paralelas e iguales —dije.

Wencke chasqueó los dedos.

—Sí, justamente, una idea muy aproximada. Entonces la nave en vuelo por el subespacio atraviesa perpendicularmente esos pliegues, por el mismo punto, y llega mucho antes a su destino, incomparablemente antes, porque el punto de partida, que está en uno de los extremos de la hoja de papel hipotética de que hablamos, queda muy próximo al de llegada, situado en el otro extremo y que ahora, con los dobleces, ha reducido extraordinariamente su distancia, mucho mayor cuando tal hoja está extendida.

—¿Y bien? —dijo María.

—Sencillo: resulta que en el subespacio, Ankvor V y la Tierra se encuentran casi juntos. Una extraña, pero no menos cierta, paradoja espaciotemporal.

—¿Y sólo por eso quiere destruir a mi planeta? —exclamó María, indignada.

Wencke sonrió lobunamente.

—Bueno, es que son dos civilizaciones muy parecidas. En todos los sentidos —explicó—: afán de riquezas, egoísmo, envidia, falta de desprendimiento…

—¡Doctor! ¿Quién le ha otorgado a usted el poder, de juzgar sobre la vida y la muerte?

Wencke se irguió.

—¡Yo! ¡Porque tengo los medios necesarios para castigar la depravación! —tronó—. Hasta ahora, lo que he hecho no han sido

sino meros avisos para que la gente se arrepienta de sus pecados. A partir de ahora, las catástrofes se multiplicarán en ambos planetas, hasta que todo signo de vida haya desaparecido de la superficie de los mismos.

* * *

Callamos durante unos instantes.

Más que maniático, Wencke era un fanático obsesionado por su idea de borrar la impureza de la faz de la tierra; un fanático como los ha habido en todos los tiempos y todas las épocas, quienes creyeron que destruyendo al enemigo impondrían su credo religioso o político.

Pero en el caso de Wencke era mucho peor, puesto que hacía morir a cientos de millones, entre los cuales, naturalmente, habría muchos pecadores, pero los inocentes eran aún mayoría.

Para él, sin embargo, todos, pecadores o inocentes, eran culpables.

Yo tenía que hacer algo para cortar aquella desatentada carrera de crímenes. Lo que más me interesaba, de momento, era distraer su atención.

—¿Doctor?

—Dígame, señor Harkass —contestó Wencke con acento de benevolencia.

—Se trata de… de sus catástrofes. ¿Cómo las provoca usted?

—Oh, es muy sencillo… ahora, claro. ¿Ha visto la estructura de mi aparato?

—Sí, cuando llegarnos. Es muy grande.

—Suficiente, sin embargo, para mis propósitos. El cilindro de red metálica no es en realidad sino una especie de lupa gigantesca, que amplía y concentra la luz solar hasta límites inconcebibles. He dicho lupa —continuó—, pero también podría llamarle cañón solar…

—¿Cómo funciona? —terció María.

—Antes de cada operación, como es lógico, estudio el lugar que ha de ser afectado…

Wencke se calló de pronto. Llevose una mano a la garganta, tosió ligeramente y luego prosiguió:

—Una vez estudiada la zona, así como el momento adecuado, dispongo mi aparato en la forma más conveniente, de modo que el eje del cilindro potenciador de la fuerza luminosa y calórica del sol termine justamente, en una prolongación ideal, por supuesto, en el centro…, en el centro de la zona que ha de ser devastada. Hechos…, hechos los cálculos…

—¿Qué le pasa? —susurró María—. Parece que tiene dificultades en hablar.

Hice un signo con la mano.

—Calla, ya te lo explicaré luego —murmuré.

—Hechos los cálculos, hago aparecer mi… aparato en el espacio normal, tanto en el de la Tierra como en el de Ankvor V… Parte de la energía lumínica y calórica del sol… o de la estrella de Ankvor V… se canalizan y potencian al pasar por mi aparato y alcanzan una cantidad de energía realmente inimagina…ble. En realidad, podría decir que… acerco el sol… durante unos cortos segundos… hasta una décima parte de… su distancia normal.

«Naturalmente, yo con… concentro la luz y el calor, pero ustedes saben que estas dos formas de energía, al salir de un foco productor, se expanden ligeramente en…, en forma de cono. Si…, si mi aparato tiene nueve kilómetros de diámetro, cuando la cantidad de luz y calor llegan a la Tierra debidamente aumentados, alcanzan a veces hasta novecientos kilómetros de… diámetro. Por supuesto, puedo graduar la amplitud de la descarga… y el tiempo de la misma. Si… si mantengo al aparato una hora, en funcionamiento, podré de…cir que literalmente orbita en torno a… a la Tierra, con lo que el área de destrucción será mucho mayor.

—Entendido, doctor —dije—. Por favor, ¿qué hacían en Mercurio el ingeniero Garth y sus ayudantes?

—Terminaban… los cálculos de reforma de mi… aparato. Es… poco… potente, demonios —gruñó Wencke—. No sé qué me pasa… se me traba…, se me traba la lengua…

—¿Y el bólido que estuvo a punto de abrasarnos cuando despegábamos del astropuerto? —pregunté.

—Era un asteroide capturado… de sólo unas docenas de metros… —Wencke tartajeaba cada vez más—. Colo…cado en el centro de mi aparato y sometido a la luz y el calor del sol en aumento… se puso incandescente en seguida. Ya… no tuve que…,

no tuve sino que… dispararlo hacia abababababa…, hacia abajo…

María estaba con los nervios a punto de estallar. Su mano se crispó sobre mi brazo.

—Doctor —pregunté—, ¿por qué, al sustituir su cuerpo por el de Lawr no lo hizo desaparecer el viejo?

—Necesitaba durante algún tiempo… que hubiese alguien que desempeñase mi papel… Mi ama de llallallallallaves… me eraeraeraeraera fielfielfiel…

Las manos de Wencke le temblaban ostentosamente.

—¿Quéquéquéquéqué me papapapasasasa… —balbució.

—Se lo voy a decir, doctor —manifesté—. Su cerebro, en el cuerpo de Lawr, no consiguió librarse de la enfermedad de senilidad. Al ser injertado en un cuerpo joven, resistió un poco más, pero, inexorablemente, vencidas las resistencias iniciales, la enfermedad ha seguido su curso y ahora su cerebro está envejeciendo muy rápidamente. Por eso, como el cerebro es el coordinador no sólo de las ideas, sino también de los movimientos físicos, encuentra usted una creciente debilidad en el hablar.

Inspiré con fuerza.

Wencke me miraba con ojos cada vez más turbios. Apenas debía de vernos. Por eso, antes, había tenido tantas dificultades en encontrar el mando de encendido de la segunda pantalla.

—En suma, se está muriendo —dije, inflexible.

Wencke emitió un ronco grito, apenas inteligible.

—Nonononono… quieroroororororo… momomomomomorir…

De súbito, su cabeza se dobló a un lado. Su voz se transformó en un horrendo estertor, que muy pronto se extinguió por completo.

Me puse en pie. María estaba impresionadísima.

Todavía faltaba algo. La cara de Lawr, en pocos segundos, se transformó en la del propio Wencke, pero llena de arrugas, un rostro horrible y repulsivo, en el que el súbito blanqueamiento de sus cabellos ponía una nota tétrica.

Consulté el reloj.

—Tenemos que irnos —dije.

María asintió. Todavía no tenía fuerzas para hablar.

—El campo de fuerza negativa… —objetó, cuando me vio manipular en mí cinturón.

—Había venido prevenido para una contingencia semejante —respondí—. El campo de fuerza de Wencke estuvo anulado desde el principio. Ahora abrázame, María.

—¿Por qué, Pedro?

—Tu cinturón no tiene dispositivo subespacial. El mío sí y con la potencia suficiente para devolvernos a los dos hasta la Tierra.

—Pero… ¡tenemos la nave!

—La nave estallará dentro de dos minutos y destruirá este infernal artefacto —contesté—. Y los que confiaban en la muerte de dos humanidades para crear la suya propia, los que colaboraron en cientos de miles de asesinatos, morirán también.

María me abrazó con fuerza.

Un segundo después, desaparecíamos de aquel, lugar.

* * *

NOTA FINAL DEL SEÑOR STAR: He perdido a Pedro… quiero decir, al agente T-100. No, no se perdió en el viaje de vuelta; simplemente, se ha ido con su esposa a vivir a Ankvor V.

Me temo que Ankvor V se queda también sin su agente 5-C-5. Al tiempo de despedirse, les oí hablar no sé de qué de plantación de lechugas, de la pesca en un lago situado en tierras que son de los padres de María…, en fin, de cosas que son la antítesis de lo que debe hacer un agente secreto.

Pedro me dijo que ya me enviaría un relato novelado de sus andanzas. He publicado lo más sustancial, claro. Por cierto, dentro de poco tendré que hacer un viaje a Ankvor V.

Al tiempo de despedirse, María se mareó y sufrió un vahído, del que, no obstante se repuso en seguida.

Pedro se alarmó mucho y quiso llamar a un médico. Al pobre le falta práctica en estos menesteres. María se repuso casi en seguida. Pedro tardó un rato en comprender que estos mareos les dan a las mujeres que esperan un niño.

Por eso tendré que ir yo a Ankvor V, para asistir a la fiesta del nacimiento del segundo hijo de Pedro y María Harkass.

Ellos desean que sea niña. ¡Ojalá se cumplan sus deseos!

FIN

BOLSILIBROS TORAY

OESTE


ARIZONA
Publicación quincenal. 9 ptas.


HURACÁN
Publicación quincenal. 9 ptas.


RUTAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 9 ptas.



SIOUX
Publicación quincenal. 9 ptas.

6 TIROS
SEIS TIROS
Publicación quincenal. 9 ptas.


ESPUELA
Publicación quincenal. 9 ptas.



BEST-SELLERS DEL OESTE Los mejores "westerns" americanos.
Precio: 20 ptas. Publicación quincenal.

GUERRA

HAZAÑAS BÉLICAS Publicación quincenal. 9 ptas.



ANTICIPACIÓN


CIENCIA FICCIÓN
Publicación quincenal. 9 ptas.


ESPACIO
Publicación quincenal. 9 ptas.

ESPIONAJE



Aventuras de dos extraordinarios espías.
9 ptas. Publicación quincenal.


Una selección de autores franceses.
Precio: 30 ptas. Publicación mensual.

POLICÍACO

HURÓN Los maestros europeos de hoy en narraciones de intriga, crímenes, suspense... Precio: 50 ptas. Publicación quincenal.

